



“Te lo cuento en un cuento”

I Concurso
Literario de Cuentos para
Adolescentes y Jóvenes del
Distrito Metropolitano de Quito



Compilado de Cuentos
sobre Heroínas y Héroes del
Pueblo Afrodescendiente y
Montubio en el Ecuador

“TE LO CUENTO EN UN CUENTO”

Compilación de Obras del I Concurso Literario de Cuentos para Adolescentes y Jóvenes del Distrito Metropolitano de Quito sobre Heroínas y Héroes del Pueblo Afrodescendiente y Montubio en el Ecuador



Pontificia Universidad
Católica del Ecuador



**Equipo de Coordinación Logístico-Operativo y
Ejecución del Concurso:**

Asociación Grupo de Pensamiento Afrodescendiente (GPA):

Verónica Cevallos, Sheila Padilla, Anyi Murillo, Alexis Vallejo
(Aliado SOMXS).

Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE):

Profesores: Elking Araujo, Karina Ortiz, Alejandra Vela,
Alfredo González.

Estudiantes de Comunicación: Paulina Chávez, David López.

Estudiantes de Sociología: Emilia Andino, Sabrina Carrasco,
Daniela Zurita, Kelly Salazar, Erick Morillo.

**Centro de Investigaciones, Estudios y Diálogos Sociales
(CINEDIS):** Luis Andrés Padilla, Alejandro Bolaños.

Edición editorial, diseño y diagramación:

Estudiantes de Diseño Gráfico de la PUCE: Sarahí Tintín,
Jordi Pallasco, Antonio Calderón, Carla Quishpe,
Emilio Cadena.

Diseño de la portada del compilado:

Mirosh Cezam

Impresión:

Municipio del Distrito Metropolitano de Quito a través de la
Administración Zonal Calderón

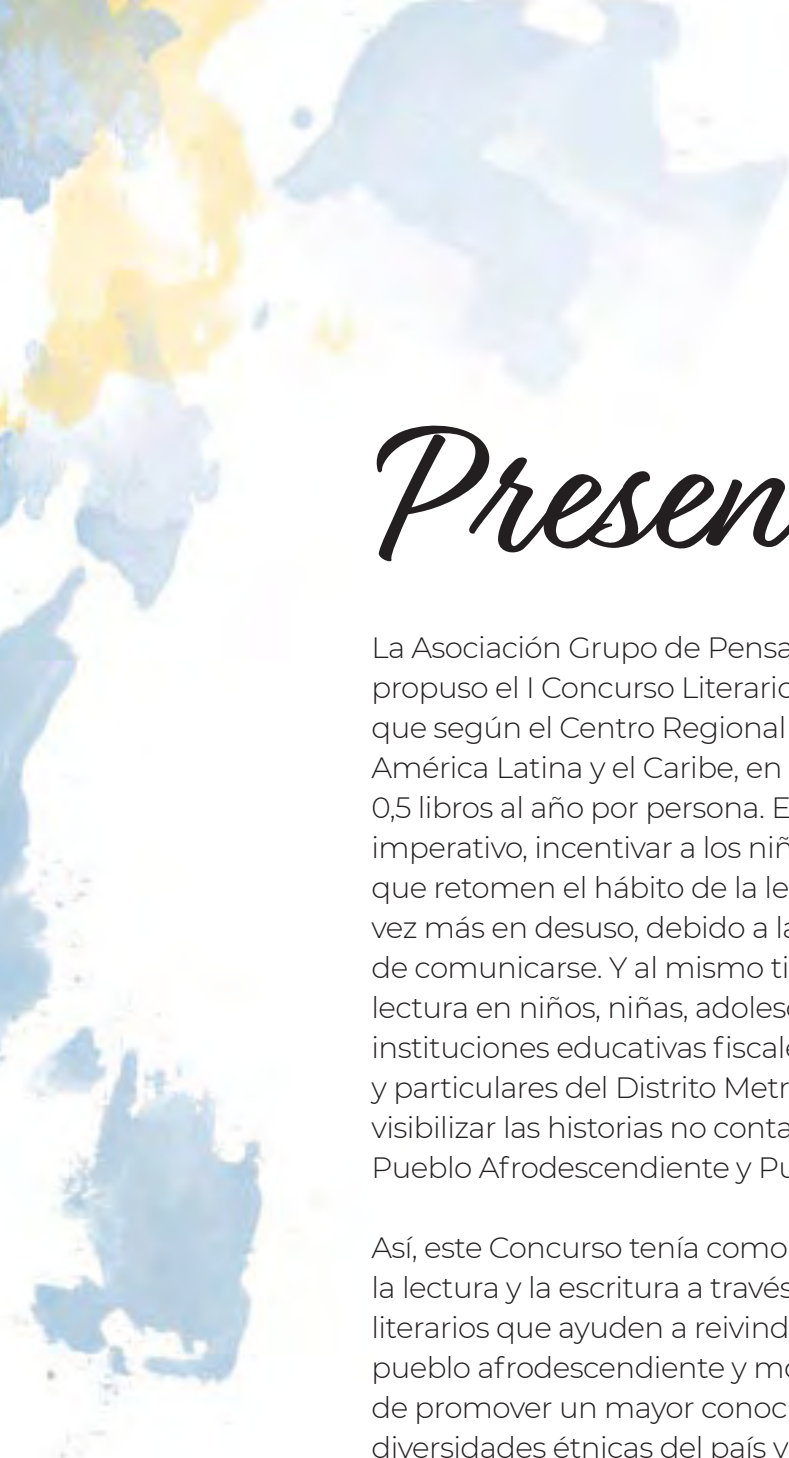
Coordinación General del Concurso:

Verónica Cevallos

ISBN: 978-9978-77-560-8

Quito, junio 2021

Un tal Don Eloy	10
Danny Israel Carchi Guamán	
Recuerdos de la infancia	14
Milena Sofía León Espinosa	
Mi independencia	18
Dayanara Estefanía Urbano Miranda	
Montubia del General	24
David Nicolás Abad Velásquez Jr.	
Liberador montubio	30
Danny Israel Carchi Guamán	
Un pueblo guerrero hasta los huesos	34
Giuliana Patricia Jiménez Vásquez	
El color de la aceptación	40
Ayrton Jared Orozco Aguilar	
Ubuntu	46
Clarís Delgado	
Las lágrimas de faldas y cabellos largos	58
Jahat Enríquez	
El laberinto de madera	66
América Victoria Mestre Barrios	
Heroína como mami	72
Doménica Estefanía Paredes Avilés	
Una flor que se levanta en la tormenta	78
Ana María Mejía Noroña	



Presentación

La Asociación Grupo de Pensamiento Afrodescendiente (GPA), propuso el I Concurso Literario “Te lo cuento en cuento”, ya que según el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe, en Ecuador se lee aproximadamente 0,5 libros al año por persona. En tal virtud, se consideró como imperativo, incentivar a los niños, niñas, adolescentes y jóvenes a que retomen el hábito de la lectura y la escritura, prácticas cada vez más en desuso, debido a las nuevas tecnologías y formas de comunicarse. Y al mismo tiempo, fomentar la escritura y la lectura en niños, niñas, adolescentes y jóvenes estudiantes de instituciones educativas fiscales, fiscomisionales, municipales y particulares del Distrito Metropolitano de Quito (DMQ), para visibilizar las historias no contadas de heroínas y héroes del Pueblo Afrodescendiente y Pueblo Montubio del Ecuador.

Así, este Concurso tenía como objetivo principal el fomentar la lectura y la escritura a través del desarrollo de cuentos literarios que ayuden a reivindicar y reconocer los aportes del pueblo afrodescendiente y montubio en el Ecuador. Además de promover un mayor conocimiento y respeto hacia las diversidades étnicas del país y a su vez inculcar la lectura y la escritura utilizando diversos recursos literarios. Todo esto apuntando al desarrollo de las capacidades y potencialidades individuales y colectivas de los adolescentes y jóvenes, a que utilicen conocimientos, técnicas, saberes y artes que ayuden a crear una visión intercultural acorde con la diversidad geográfica, cultural y lingüística del país, respetando los derechos de las comunidades, pueblos y nacionalidades.

La propuesta del GPA también buscó sensibilizar a estudiantes y docentes sobre los imaginarios en los que se concibe a la población afroecuatoriana y montubia; sobre el uso de términos políticamente correctos y en la cotidianidad, para referirse a estos grupos poblacionales, y este es el plus del Concurso, sin obviar la creatividad, de los autores, en las obras del presente compilado. Esto se realizó a través de Charlas de Sensibilización que se enmarcan en la visibilización de la historia y realidad

de afroecuatorianos y montubios en el país; para fomentar y fortalecer la igualdad, equidad, solidaridad y respeto a las diferencias étnicas, que permitan alcanzar un verdadero diálogo intercultural en el Ecuador. Al final, se alcanzó un total de 1354 personas sensibilizadas, entre docentes y estudiantes, considerando que las charlas estaban dirigidas a todas las instituciones interesadas en recibirlas, más allá de que sus estudiantes participaran o no en el concurso.

El concurso tuvo una gran acogida, puesto que se recibieron 437 obras participantes, de 75 instituciones educativas del DMQ, entre fiscales, fiscomisionales, municipales y particulares. Para la revisión de las obras recibidas, se implementaron varios filtros para la selección, calificación y elección de las mejores obras del certamen. Los filtros tenían como finalidad evidenciar el cumplimiento de los parámetros solicitados en las bases del concurso en relación a que los relatos no refuerzan estereotipos o el uso de lenguaje discriminatorio, la calidad literaria del texto, la creatividad y originalidad de los personajes, las faltas ortográficas y el control de plagio; y la trascendencia del mensaje (importancia para la difusión de historia y cultura de los pueblos Afrodescendiente y Montubio del Ecuador).

Asimismo, el jurado calificador estuvo conformados por un equipo multidisciplinario, quienes analizaron y calificaron las obras, bajo premisas de rigurosidad, imparcialidad y anonimidad (las obras solo se las identificó con un código), en virtud de conseguir las obras de más alta calidad de este Concurso. El Equipo lo conformaron los docentes de la Carrera de Literatura de la PUCE: Karina Ortiz, Alejandra Vela, Alfredo González; el historiador y novelista afroecuatoriano, Antonio Ayoví Nazareno; Verónica Cevallos, en representación del GPA y Luis Andrés Padilla, en representación del CINEDIS. Así, los miembros del jurado calificador, seleccionaron las 12 mejores obras I Concurso Literario de Cuentos para Adolescentes y Jóvenes del Distrito Metropolitano de Quito sobre Heroínas y Héroes del Pueblo Afrodescendiente y Montubio en el Ecuador, que constan en el presente compilado.

Desde luego, una tarea de tal magnitud requería el apoyo decidido de instituciones que estén alineadas al trabajo del GPA. En esta tarea se sumaron: el equipo del Centro de Investigaciones, Estudios y Diálogos Sociales (CINEDIS) y GPA Radio, en la parte operativa y comunicacional del Concurso; la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), desde



la Facultad de Comunicación brindo el aval académico al certamen. Además, la participación de estudiantes de las Carreras de Comunicación y Diseño Gráfico (Diseño y Diagramación del Compilado); y Sociología (Ejecución de Charlas de Sensibilización), aportaron con el desarrollo operativo para la ejecución del Concurso, así como el diseño del presente compilado. En esa misma línea, se encuentran la Subsecretaría de Educación del DMQ y la Secretaría de Educación del Municipio de Quito. Entidades que brindaron las facilidades y autorización para llevar a cabo las Charlas de Sensibilización y la difusión del Concurso, en todas las de instituciones educativas fiscales, fiscomisionales, municipales y particulares, del Distrito Metropolitano de Quito.

Finalmente, reiteramos nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que, de forma directa e indirecta, intervinieron en la ejecución del concurso, así como para la publicación en su versión digital, y a la Administración Zonal Calderón por el apoyo con la versión impresa, del presente compilado.

María Verónica Cevallos,
Coordinadora General del Concurso
Delegada de la Asociación del Grupo de Pensamiento
Afrodescendiente (GPA)

Prólogo

Cuentos de afrodescendientes, montuvios y montubias

La fuerza y el poder que tiene la lengua reside en la cultura que la mantiene viva y la dinamiza con su uso, otorgándole la capacidad de transmitir, difundir, compartir y relatar el mundo en el que vivimos y otros mundos imaginados. Estos cuentos, que jóvenes con muchísimo talento han imaginado y plasmado en las páginas siguientes, refuerzan la interculturalidad del país escritos todos en español, una lengua vehicular que ha permitido que las poblaciones afrodescendientes ecuatorianas enuncien su cultura.

Esta misma lengua es la que en 2015 causó revuelo en los diarios sosteniendo que, a partir de allí “montuvio se escribirá con uve”. Esto respondía al esfuerzo del comunicador manabita Angel Loor Giler quien, durante muchos años, había solicitado que la Real Academia de la Lengua destaque que la palabra montubio en el Ecuador estaba muy lejos de referirse a una persona “montaraz y grosera”. La nueva entrada en la RAE dice: “montuvio, montuvia l. m. y f. Ec. Campesino de la costa.” Pero la lengua es dinámica, y el detalle del uso de la “b” o la “v” no ha surtido mayor efecto. Una búsqueda rápida en notas de prensa da cuenta de 432 veces que se escribe montubio frente a 336 registros de montuvio. Porque quizás, lo menos importante es la formalidad de su escritura, frente a la importancia de resaltar la valía que el pueblo montuvio (con “v” o con “b”) tiene en el acontecer del país. Es precisamente ese el objetivo de este concurso: resaltar la valía de los pueblos afrodescendientes y montuvios en el Ecuador.

Para la Facultad de Comunicación, Lingüística y Literatura (FCLL) ha sido una oportunidad enriquecedora colaborar con estos cuentos que cobran vida en su lectura, así como color y detalles creativos de la mano de estudiantes de la Carrera de Diseño Gráfico con el apoyo de la Dirección de Vinculación con la Colectividad.

Verónica Yépez-Reyes,
Decana FCLL – Pontificia Universidad Católica del Ecuador



Un tal Don Eloy

Danny Israel Carchi Guamán

La tarde pinta el cielo con las últimas pinceladas del tiempo. El aire desprende un singular aroma a historia y revolución. Los niños corren en medio del parque central de Montecristi, en donde el calor es tan arrullador como el abrazo de una madre primeriza.

La rutina de la gente del pueblo consiste en salir a caminar un poco y en enamorarse nuevamente. Es común ver en una banca de cemento a un hombre pequeño, con su pelo tan blanco como la nieve, un bigote desorganizado y una pequeña barba blanca, que es el complemento señorial que adorna a este singular personaje.

Su mirada siempre está perdida en el horizonte. De cuando en cuando podemos escuchar el balbuceo de frases que para muchos carecían de sentido:

–Ser montubio es ser señor.

- Montoneros, adelante, en lucha contra el caudillo.

–El ferrocarril de mi pueblo que lleva los sueños de mi gente.

La gente le lleva comida, se queda a escuchar sus historias que parecen de fantasía y habla con tal seguridad que muchos vecinos han llegado a pensar que todo lo que cuenta es algo real y no solo el fruto de la imaginación de un loco trovador.

Algunas personas comentan que tiene un tesoro escondido en algún lugar del país. Su espada, como él mismo la nombra, es su compañera infaltable. Dentro de sus relatos ha sido siempre el personaje principal, la describe como si la espada tuviera vida propia, dice que ayudó a liberar pueblos de tiranías y, sobre todo, ayuda a dar igualdad de condiciones a las mujeres.

Nadie nunca lo ha visto moverse de su lugar; está ahí día y noche, como si estuviera detenido en el tiempo.

La noche empieza a cubrir con su manto negro todo. Su blanca cabellera va desapareciendo en la eternidad. La gente va de regreso a sus casas y él se queda ahí sentado balbuceando, a veces riendo para sí, para sus adentros.

En las noches de bohemia, dicen los trasnochadores que lo ven ponerse en pie y caminar por todo el parque. Enciende un cigarrillo que él mismo enrolla con la hoja más fina de tabaco ecuatoriano, meticuloso como solo él puede ser; mientras enrolla su tabaco la concentración se apodera de este digno personaje. Una vez terminado lo sella y lo enciende. Se dice que lo hace siempre a la misma hora de la noche, cuando el silencio se mezcla con el sabor salado de la brisa marina; el único sonido que se escucha es el de un fósforo al encenderse, el cual lo deja consumir durante algunos segundos sin quitarle la mirada ni un solo momento. Enciende su cigarro, toma una bocanada muy extensa y solo se le alcanza a escuchar entre dientes.

–La hoguera bárbara.



Algunos trasnochados manabitas, con esa característica labia y audacia que los caracteriza, se atreven a decir que en varias ocasiones le han acercado un vaso de aguardiente de caña, de ese que llaman currincho y él, muy educado y ceremonial, lo acepta, como dicen ellos:

—El del estribo.

Y que basta un sorbo para poder escuchar sus grandes historias: muchas de ellas fantásticas, otras tristes y algunas trágicas. Les habla de guerras civiles, conflictos con la iglesia, revoluciones, de cosas sin sentido y tan fuera de lugar que, en lugar de estorbar o causar molestia a los oyentes, los embruja y los entretiene hasta que llega el amanecer.

Luego, con el último sorbo de aguardiente y entrados ya en la inconciencia por los efectos del alcohol, cuenta que se despide apretando su mano. Este selecto grupo de bohemios lo bautizó con un sobrenombre muy particular:

El Viejo Luchador.

Estas son solo historias de borrachines sin sentido, ya que todo el mundo sabe que cada mañana está en el lugar de siempre, en su banca de cemento, que sus cabellos blancos de plata alumbran la mañana junto con los rayos de oro del sol. Siempre tan pulcro y altivo, con su mirada perdida y penetrante en el horizonte, pensando para sus adentros, riendo de cuando en cuando y divagando en sus pensamientos.

Las nuevas generaciones preguntan:

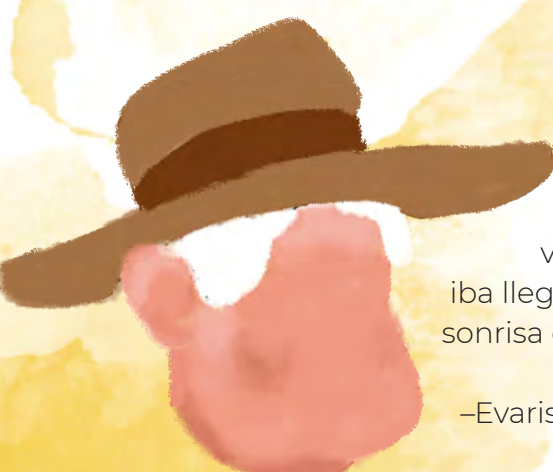
«¿Quién es este personaje tan enigmático, mágico e inusual?»
Nadie lo conoce, pero todos le respetan, admiran y todos hablan.

Los abuelos mayores del pueblo comentan a las nuevas generaciones:

—Él es ¡un tal don Eloy!

Recuerdos de la infancia

Milena Sofía León Espinosa



Mientras Don Justo se mecía sobre su silla viendo el atardecer en su pequeña finca, Evaristo iba llegando. Los dos ancianos se saludaron con una sonrisa de felicidad absoluta.

–Evaristo, mijito, a los años que se me ajoma por acá.

–Sí, pues, mi Don, ya sabe, el camello y esas cosas, con las justas alcancé a jubilarme.

Los amigos se regresaron a ver y soltaron una carcajada. Siéntate, le dijo Don Justo a Evaristo, mientras le señalaba una silla. Una vez entablada la conversación y con la jaba de cerveza Pilsener a su lado, los recuerdos empezaron a volar como aves en el cielo.

–¿Y qué dice?

–Nada, nada, me enteré de que el patrón ya se ha morido.

–No me diga eso, qué tristeza mi Evaristo.

–¿Y quién te está manejando el terreno ese, del arrozal?

–Yo mijmo, ya sabes lo que dicen, el ojo del amo engorda el caballo. Además, con eso le mantengo a la Rosy, pues.

Mientras las pocas gotas de luminosidad desaparecían en la noche, los grillos y cigarras se encargaban de ambientar el feliz encuentro.

–¿Te acuerdas de cuando no conohimos?

–Claro, claro. Yo fui el que se mandó el viaje dejde las montañas, hasta acá pues. Tiempos difíciles pa todos, mi Don.



-Me acuerdo, pues, de cuando llegajite al pueblo en mula, un muchachito nomá.

-¿Y vos, pue? ¿Longo viejo?, nada que ver.

-¡Qué tiempos!, ¿no?

-Sí, pues, aún recuerdo cuando mi viejo nos agarró a mí y a mi mamá, y nos recorimo toditita la montaña, nada fácil, aún se ejtraña la tierra de uno. No pudiendo negar que el clima de acá ej más rico, al principio nomás me ahogaba de la calor.

Don Justo, mirando el horizonte y recordando su infancia junto a su amigo, puso una expresión en su rostro, tal que Evaristo preguntó: «¿y a usté?, ¿qué te anda sucediendo?» Don Justo suspiró.

-¿Recuerdas cuando vino esa sequía tremendisísima en el rancho donde vivíamos?

-Pue claro.

-Mi papá siempre le decía al patrón, en épocas de vacas gordas siempre ej de guardar unas cuantas pa la época de vacas flacas. Nojotros no entendíamos lo que estaba pasando el pueblo ñaño, y ya ahora de viejo me doy cuenta de lo inútil que éramo. (Soltaba una carcajada).

-No se deje lleva por la emociones. No recuerda que cuando a medio pueblo de Manabí le dio eja cosa, dizque por los de lah montañas, y a la final no fue nada grave. Los dos íbamos ayudando de casa en casa par ver quién nejesitaba ayuda. No por mucho madrugar, amanece temprano, mi Don.

-Bueno bueno, tiene razón ñañito. ¿Otra cervecita? Entre carcajadas y recuerdos fueron armando sus vivencias.

-Cómo no me voy a acordar de eso, si fui yo el de la idea de buscar las serpientes en lo cultivo del patrón de lado. Si bien no estoy mal, era lunes y nos habíamos dado el día libre luego de trabajar recolectando cacao nos cogimos las botas de nuestros papás, (que en paz descansen nuestros viejos), para poder ir tranquilos al terreno de plátanos pa coger las cuicas verdes.

—De qué hablas, mi ñaño, cuicas dice, claro, como a ti no te mordieron el brazo, y no te dio algo. Dale gracia a Dio y a la virgen santísima que esa cosa no era venenosa.

—Jajajaja, usted sí que me salió gallina. ¿Y qué, hasta ahora le tiene miedo?

—Claro, mi ñaño, a esos animalejos se le tiene harto rejpeto.

—Mi ñaño, usted no sabe lo que es un animal al que hay que tenerle rejpeto. Me acuerdo claritito, antes de hacerme el viajesote hasta acá, allá en la montaña, cuando le acompañaba a mi papá al turno de cuidar el ganado en la noche, a veces se bajaban nomás unos gatotes, así como el tuyo, pero en vez de cazar la ratas, estos se comían a los pobres caballos y una vez casi le pegan a mi papá porque uno de eso animalejo se comió una vaca. ¿Sí me entiende, mi Don?

—No me diga eso, ñaño, que después no me deja dormir.

Evaristo se estiró y destapó otra botella de cerveza. La charla continuaba y parecía que el reloj se detenía cada vez que se adentraban en los pensamientos y recuerdos de la infancia.

—Por suerte, yo siempre he sido bueno en todo lo que hago.

—Calla, ñaño, si vos siempre has sido 7 oficios, 14 necesidades.

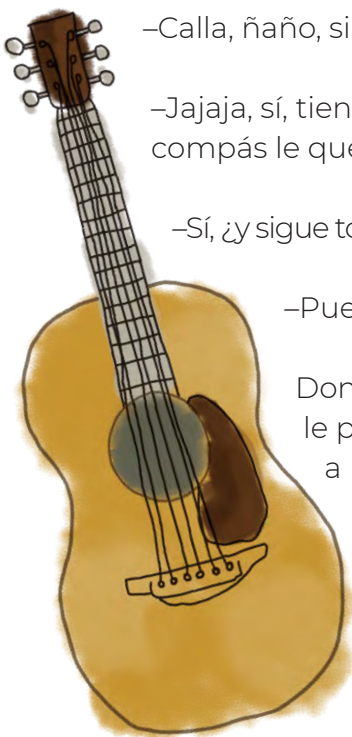
—Jajaja, sí, tiene razón, hermano. Pero al buen músico el compás le queda...

—Sí, ¿y sigue tocando guitarra, o ya nada que ver?

—Pue, claro, ñaño.

Don Justo llamó a su esposa Rosy. Amablemente le pidió que le trajera su guitarra para enseñarle a Evaristo las nuevas canciones que deleitaban el corazón del Don, cuando en sus tiempos libres tocaba el instrumento. Luego de una serenata a la luna, Evaristo recordó la época más divertida de su juventud.

—Se me vino a la mente, cuando



recolectábamos de la plantación arroz, qué bien que se pasaba con el grupito.

–Sí, aunque recuerde que al principio lo molestaban por hablar chistoso y no ser de aquí.

–Pero igual, ya éramos amigos y usted siempre me defendía, aunque lo metía en problema. jajaja.

–Cómo olvidarlo, mi querido Evarijto. ¿Se acuerda de la primera hacienda del patrón?

–Pues claro, tremenda casota.

–¡Qué chistoso cuando nos perdimos en la casa y no encontrábamos la salida!

–O como cuando casi no encuentran en la biblioteca.

–Eso era más grande que las casitas donde vivíamos juntas.

–Una ciudad podía haber vivido dentro de esa bibliotecota, jajaja.

Cantó el gallo, inmediatamente Don Justo mencionó su dicho popular favorito.

–Bueno, mi niño, ya sabe, al que madruga Dios le ayuda.

Los dos ancianos se rieron, mientras los primeros rayos de sol acariciaban sus rostros.

–Bueno, mi Don, me despido con dolor.

–Y vos, ¿pa dónde vas?

–A la casita pues mi niño, no ves que la Juanita me está esperando.

–Al fin te atrapó. Jajaja.

–Ya sabe, tanto cae la gota en la piedra, que termina por romperla.



Mi independencia

Dayanara Estefanía Urbano Miranda

Febrero de 1820

Tener miedo era, probablemente, lo que más odiaba en todo este mundo. No poder ni explicarte a ti mismo cómo había cambiado tu vida tan drásticamente de un momento a otro.

Nunca me imaginé estar tan cerca de los personajes que alguna vez estudié en mi clase de Historia, en esas que casi ni prestaba atención. Sin importar cuántas veces me hubieran hablado de esto no se comparaba con vivirlo en carne propia, mi cerebro no tenía lugar para razonamientos lógicos en este momento, ni cómo llegué aquí, pero esta era la realidad: había viajado exactamente 200 años al pasado y lo peor de todo es que me di cuenta que era imposible volver.

Abril de 1820

Estaba perdida en mis memorias y cuánto extrañaba estar cerca del mar, cuando una voz suave y sumamente dulce se coló entre mis pensamientos.

–¡Indi! –era evidente el alivio en su voz–. ¿Dónde estabas?

–Preguntó aquella hermosa mujer que me había salvado cuando llegué. María Icaza era una persona amable y dulce pero también fuerte e inteligente.

–Estaba cuidando y admirando los hermosos rosales de su jardín, perdón por no avisarle –respondí.

–No te preocupes querida, pero ya hay que volver a casa, dentro de poco empezará la reunión–

Una vez ya en casa, estaba sumamente nerviosa, pero cómo no estarlo, por primera vez estaría en una junta revolucionaria, compartiendo mesa con tantos grades de la historia latinoamericana.

Los primeros en llegar fueron el esposo de María, José Joaquín Olmedo junto con Andrés Iturralde y algunos de sus colegas, para dar paso al resto de invitados. Una vez la junta iniciada se dedicó sobre todo a repasar las noticias recientes y a organizar las estrategias para el futuro plan, que consistía en rebelarse y expulsar a las autoridades del rey. Esto se realizaría en octubre por lo que quedaba poco tiempo. Cuando estuvo a punto de concluir la reunión, José Joaquín tomó la palabra y mencionó algo que nos dejó a todos en la sala atónitos.

—Quería mencionarles que necesitaremos mensajeros de confianza para poder comunicarnos durante los futuros planes que orquestaremos. He tenido una plática con Andrés y creemos que lo mejor sería que fueran una pareja de esposos, que las autoridades españolas no conozcan, para de esta forma se evite que los mensajeros sean descubiertos.

Mientras José continúa hablando, recuerdo todo lo que él y María han hecho por mí y cómo durante todo este tiempo he pensado que nunca podré pagarles. Pero al escuchar esta propuesta creo que, por fin, puedo serles de ayuda a ellos y a todo el resto de revolucionarios que están peleando con alma, sudor y sangre.

Ya lo he decidido: quiero enorgullecer a María y José que ahora son como mi familia, pero esa no es la única razón, también quiero ser parte de este movimiento revolucionario, que alguna vez estudié, quiero ser parte del cambio que me permitirá en el futuro vivir con libertad.

Vuelvo a la realidad y José hace la pregunta que creo que estaba evitando hacer.

—Alguna mujer de la sala que esté dispuesta a casarse para ayudarnos con este plan, sé que no es sencillo y correrán un gran peligro, pero...— en ese momento no sé ni yo mismo lo qué estoy haciendo porque alzo la mano y digo:

—Me gustaría ofrecirme como voluntaria
—toda la sala me mira con sorpresa por un par de minutos hasta que María rompe el silencio.

—Mi Indi, ¿estás segura de esto?



–Estoy totalmente segura, quiero ayudarlos y creo que esta es la mejor forma –al fin José reacciona y me mira muy fijamente para después tomar la palabra.

–Pues está decidido, Indira será nuestra mensajera –todos se ven felices y aplauden muy fuerte, pero José Joaquín vuelve a hablar.

–Ahora necesitamos a nuestro mensajero masculino, que se casará con Indira y nos ayudará a comunicarnos. ¿Algún voluntario?

–Observo la mesa y veo a varios interesados. Andrés toma la palabra y sorprende a todos.

–Creo que yo debería ser el mensajero, ya que por mi buen estatus social y poder adquisitivo, nadie sospechará de mí y podré proteger a Indira de la mejor forma.

–Bueno, gracias a todos ya tenemos a nuestros dos mensajeros: Indira Miranda y Andrés Iturralde –finaliza José Joaquín Olmedo y así culminó la junta.



Mayo de 1820

Tuve que meditar en la soledad de mi cuarto, ya que pronto me casaría. Estaba todo listo, no me arrepentía en lo absoluto simplemente estaba sorprendida por todo lo sucedido últimamente. Había hablado y convivido con Andrés durante un mes y nos llevábamos muy bien, me parecía un hombre muy atractivo, era un criollo, revolucionario, estratega y muy inteligente, tenía la piel pálida, era innecesariamente alto, su cabello y ojos eran negros oscuros como la noche. Después de mucho pensarlo creo que llegué a la conclusión de que no me molestaba casarme con él.

–Será interesante –pensé.

Septiembre de 1820

Mi esposo, sí, así como lo escucharon, éramos oficialmente esposos y mensajeros de las tropas revolucionarias. Nos habíamos casado hacía 3 meses. Había dejado de ser Indira Miranda y pasé a ser Iturralde. Me había mudado a la residencia de Andrés. Al principio me negué a dejar la casa de los Olmedo, pero todos dijeron que era lo mejor para no

levantar sospechas, aunque María lloró mucho el día que me mudé. Pero ella y José me venían a visitar muy seguido. Andrés y yo hablábamos mucho, nuestra relación era de muy buenos amigos. Faltaba un solo mes para que iniciara el plan. Ambos estábamos bajo bastante presión, pero era muy relajante e interesante cuando en las noches hablábamos de libros u otros temas y nos olvidábamos un poco de lo que estaba por pasar.

–Se ve muy relajado mientras duerme –solté sin pensarlo, esa noche con una sonrisa en mi rostro, aunque no quisiera admitirlo empezaba a sentir algo por Andrés.

Octubre de 1820 **ANDRÉS**

Indi y yo estábamos preparados para viajar por primera vez lejos, durante este tiempo repartíamos mensajes dentro de la ciudad ya que todos estaban reunidos aquí. Pero hace unos días las tropas habían empezado a desplegarse y ahora sí teníamos que empezar a llevar mensajes a larga distancia. Mientras Indira terminaba de ordenar su maleta, yo solo podía pensar en lo hermosa que era, su piel color canela como tocada por el sol, le hacía resaltar sus ojos marrones. Sabía que ella antes había venido del campo y vivía cerca del mar. Algún día me gustaría llevarla ahí, pensaba siempre. La verdad estaba muy enamorado de Indira no solo era preciosa como ya mencioné, sino que también era fuerte e inteligente, ella sola había diseñado un sistema de riego muy innovador para nuestro jardín con algunos tubos y cosas que yo no entendía, aunque ella siempre trataba de enseñarme.

Luego que caí en cuenta de que me había quedado mirándola embobado y ella se había dado cuenta, aparté la mirada.

–¿Por qué apartas la mirada, Iturralde? –dijo Indi mirándome fijamente con una sonrisa en su rostro. A ella le encantaba llamarme de esa forma, nadie más me llamaba así, solo ella, y a mí me gustaba.

–Yo no he hecho nada –mentí.

Y ella cambió de tema. Empezamos a hablar de cómo sería todo a partir de mañana, cómo nuestras vidas cambiarían



drásticamente, aunque la hermosa mujer que está a mi lado trate de aparentar frente a los demás que es fuerte, sé que tiene miedo ya que nos vamos a poner en mucho riesgo y la entiendo cuando volvamos todo habrá cambiado para bien o para mal.

INDIRA

Han pasado 6 días desde que salimos de casa y esto no ha sido para nada fácil. Vivir con el miedo constante de que en cualquier momento nos pueden descubrir y podríamos echar todo a perder, me asusta sobremanera. Andrés y yo hemos viajado de ciudad en ciudad comunicando a las tropas y escabulléndonos del ejército español. Como supuso Andrés no sospechaban de nosotros. He armado planes estratégicos con lo que sé del futuro para protegernos a los dos. Estoy consciente de que no puedo sobrepasar ciertos límites, ya que estos podrían cambiar los sucesos históricos que estudié. Pero eso no quita la duda que he tenido desde que vi a Andrés, él al parecer es un revolucionario muy activo, entonces ¿por qué jamás lo estudié a él? Eso me daba bastante miedo ya que podía significar que Andrés pudo haber muerto antes que todo empiece y esto me llenaba de pánico.

Pasábamos por una aldea campesina de la costa y esto hizo que recordara a mi familia, una familia humilde de montubios que vivía en la zona rural del Ecuador. Pero mis pensamientos fueron interrumpidos, cuando de pronto vimos en la aldea a un grupo de soldados españoles que registraban el lugar, esto era grave ya que la siguiente aldea es donde nos reuniríamos con la tropa que estaba ubicada ahí. Si nos descubrían no solo nos ejecutarían, sino que todo el plan se arruinaría. Andrés, al ver mi cara de pánico, me dijo: –Tranquila llegaremos antes que ellos y les avisaremos –eso me alivió un poco, pero no me quitó el malestar que tenía en el corazón, como si algo malo estuviera pasando.

Una vez que estuvimos cerca del pueblo nos detuvimos en seco, estábamos totalmente petrificados, frente a nosotros estaba una gran pila de cuerpos de la que estábamos seguros era la tropa a la que íbamos a entregar el mensaje. Los habían descubierto y habían asesinado a todos, a la tropa que se encontraba ahí y a todo el pueblo por encubrirlos. Nunca había visto una escena tan desgarradora, había niños, ancianos, compañeros nuestros, todo era un mar de sangre y cuerpos.



Ni siquiera pudimos acercarnos a despedirlos como se debía, porque no tuvimos tiempo de reaccionar ya que un grupo de soldados nos empezó a perseguir. Ahí fue cuando me di cuenta de que la vida no era justa y que debíamos luchar con verdadera fuerza si queríamos acabar con esto.

Andrés y yo logramos escapar solo gracias a que ninguno de nuestra tropa nos delató ni dijo quiénes éramos. El ejército sólo sabía que éramos mensajeros, pero nunca supieron nuestras identidades. A todos esos soldados y guerreros caídos les debíamos nuestra vida.

Octubre de 1821

Esto era paz después de todo lo que pasamos.

Muchos se preguntarán qué pasó después de que huyeron, pues logramos llegar sanos y salvos e informar lo ocurrido. Y ese 9 de Octubre de 1820 todos peleamos como si fuera el último día de nuestras vidas. Nadie quería volver a lo que teníamos. Lo logramos ese día, a cambio de muchas vidas que perdimos, pero no fueron en vano ya que ese día fue proclamado para la historia como el Día de la Independencia de Guayaquil.

Tiempo después Andrés y yo nos juramos amor y pasó de ser un matrimonio falso a la más pura unión. Renunciamos a ser mensajeros, aunque los dos seguíamos ayudando estratégicamente junto con Bolívar, Sucre y Olmedo a independizar el resto de provincias de la región. Andrés y yo tuvimos un hijo, que era una mezcla perfecta de los dos con piel canela como la mía y ese cabello y ojos negros profundos como su padre. Andrés cumplió su promesa y nos fuimos a vivir a una casa junto al mar. Y, por fin, después de todo lo que habíamos pasado. Me daba igual que no pudiera volver al futuro porque me sentía plenamente feliz.

Lo observé: miraba el atardecer con nuestro hijo en brazos y esa sonrisa relajada que a veces, cuando ni siquiera él tenía consciencia de su propia existencia, se le escapaba.

El reflejo de esa imagen me atrapó, y se unió a él una sonrisa capaz de derrumbar imperios en un suspiro. A mí me había atrapado.

Completamente. Volví mi vista al frente.

Sí, estaba bien aquí.

Montubia del General

David Nicolás Abad Velásquez Jr.

Existía un país lleno de una exuberante belleza natural e inigualables paisajes, que se asemejaban a pinceladas de un pintor loco, apasionado por la pintura de tintes mágicos por doquier de este selecto pedacito de paraíso llamado Ecuador.

Bajo sus cielos, a veces llenos de estrellas o de brumas blanquecinas y amaneceres esplendorosos, donde el pícaro sol baña con sus rayos dorados cada rincón de esta gran patria que alberga muchas formas de vida animal, vegetal y de gente con identificación cultural propia en cada una de sus regiones, es que se desarrolla esta historia.

Quiero empezar hablando de Edulfa Quiroz Saldarriaga, más conocida como Doña Edu. Ella vivía en el poblado de Canoa del recinto El Remojo. Doña Edu, era madre de tres hijas de nombres Cecilia, Irene y Manuela la más pequeña. El esposo de Doña Edu era el típico montubio robusto, de sombrero de ala ancha, pantalón y camisa blanca. De su cinto colgaba el machete afilado para la faena diaria, envainado en su estuche de cuero. Lo apodaban el Avión, por su enorme estatura, brazos largos y fornidos que combinaban con su nariz aguileña y sus ojos cafés penetrantes.

Doña Edu casi a diario bajaba al río del lugar para lavar la ropa junto a sus tres princesas hijas. Esto era todo un proceso que empezaba por el remojo de la prenda y luego con un bate de palo se golpeaba la ropa para desprender la suciedad y los malos olores que dejaban los sudores provocados por el trabajo inquebrantable del día a día, por el constante calor y humedad del recinto. Aquí eran interminables las conversaciones entre comadres y vecinas que se juntaban en el río. Cecilia, la mayor, estaba en sus dieciséis primaveras y era una señorita ya formada de una belleza muy singular, los jóvenes del recinto no se atrevían a cortejar a la dama, pues a Don Jacinto, su padre, y a

Doña Edu, las personas y comuneros les tenían mucho respeto. Don Jacinto era de aquellos montubios que estaban al día con las faenas revolucionarias de Don Eloy Alfaro y se sentía identificado junto a su familia con la lucha de Alfaro contra el dominio de los latifundistas de la Costa.

Doña Edu era conocida por ser una mujer bien franca y de armas tomar. Cuando había que hablar lo hacía. Su voz era suave, tierna a un inicio y fuerte cuando tenía que reclamar sus derechos. Su hogar, que era una casa hecha de bareque y caña guadúa, sostenida por enormes pilares de madera de arrayán, soportaba las inundaciones del río Zapotal, en los inviernos crudos que arreciaban en el recinto. A su hogar llegaban siempre sus comadres y amigos de Don Jacinto, ahí era muy común el sonido de las guitarras, bombos y clarines interpretando los amorfinos que despertaban grandes carcajadas entre los visitantes.

Ya entrada la noche, se prendían las lámparas de aceite para alumbrar el caserón y el ambiente se perfumaba de un olor penetrante a café, grandes tazas se servían acompañadas de verde asado con trozos de carne, queso y sal prieta. Ese era el momento propicio para entrarle a la conversación política del momento, se escuchaba murmurar a unos y otros: «malditos latifundistas, se llevan nuestro esfuerzo del trabajo, pero ya viene nuestro Viejo Luchador ¡Alfaro carajo! ¡les clavará la revolución!».

Corría la Navidad de 1893. El invierno estaba por venir de manera fuerte y cruda, las calles del recinto El Remojo estaban anegadas y enlodadas, las lluvias torrenciales habían creado charcos de agua, donde los niños brincaban. Se escuchaban los gritos de las madres: «¡muchachos sin asunto vengan pa' dentro!».



Y solo en las noches queda el croar de las ranas. El día amanecía mojado y los campesinos iniciaban su trabajo diario, las noticias eran escasas, solo se sabía que los conservadores habían endurecido las medidas económicas contra las clases sociales desposeídas.

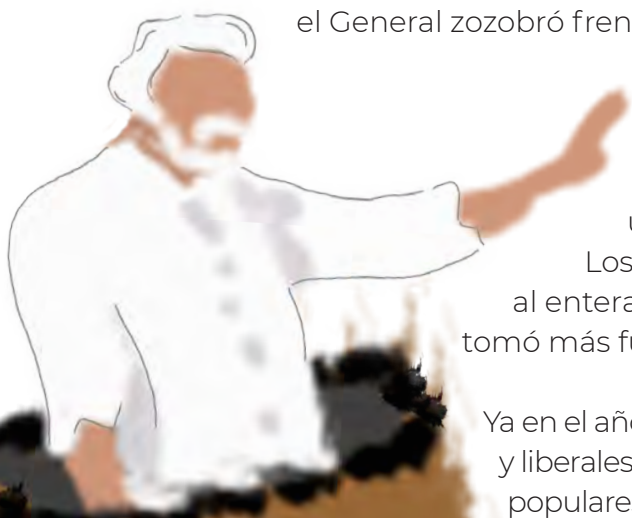
Se le acusaba a Alfaro de ser un comunista, de estar en contra de la iglesia y de que era el mismo demonio disfrazado de hombre. Don Jacinto, siempre con su voz gruesa, decía, «¡Al carajo con tanto embuste! Sabemos que los montubios somos gente brava y no vamos a permitir más mentiras en contra de mi general».

Doña Edu estaba de acuerdo con su marido y se mantenía atenta a las noticias que traía su comadre Pastora, pues su hijo militaba en las filas liberales y luchaba junto Alfaro. A muchos les gustaba oír de boca de Doña Edu, la historia de cómo Alfaro salvó su vida cuando el barco en el que regresaba el General zozobró frente a las costas ecuatorianas, la mayoría

de los sobrevivientes se arrojaron al mar y llegaron sin fuerza a la playa de Balsamaragua. Eloy Alfaro se salvó, pese a no saber nadar, prendido de un barril, hasta la playa de Jaramijó.

Los enemigos lo dieron por muerto, pero al enterarse sus seguidores de que sobrevivió, tomó más fuerza su simpatía por él.

Ya en el año de 1895, las luchas entre, conservadores y liberales se habían intensificado, las revueltas populares eran cada vez mayores y todo apuntaba a que se venía una revolución. Doña Edu en su recinto organizaba a sus vecinos y siempre se daba modos para leer los manifiestos del Partido Liberal, a pesar de ser una mujer campesina, sabía leer y escribir. En su niñez asistió a una escuela rural del sector, pero no terminó de estudiar. Con esfuerzo se autoeducó. A temprana edad se quedó sin su padre, quien murió de paludismo y su madre no pudo educarle.



A sus diecisiete años, Doña Edu se fugó con Jacinto para vivir rejuntables, pero los padres de los dos jóvenes en ese entonces los obligaron a casarse por lo civil y eclesiástico. Doña Edu respetó siempre a Don Jacinto por considerarle un hombre recto y trabajador como muy pocos por ese lugar. Don Jacinto era un hombre iletrado, orador, con un carisma para hablar y convencer a sus adversarios, cuando se enfrascaban en conversaciones sobre todo de política.

Entrado el mes de febrero, el recinto El Remojo se vistió de fiesta, con la sorpresiva visita del General Alfaro, junto a sus amigos y hermanos, Medardo y Flavio Alfaro. ¡El viejo luchador estaba ahí!, Don Jacinto y Doña Edu se abrieron paso entre la multitud para estrechar la mano blanca pero curtida de Don Eloy, quien subido en su corcel negro y su minúscula figura se parecía al Dios prometido de la libertad.

Don Jacinto y Doña Edu gritaron a viva voz: «¡Mi General, bienvenido y pa' lo que su merced mande, este pueblo montubio le da la bienvenida!» ¡Inmediatamente se escucharon los amorfinos para el visitante!

«Del monte, monte adentro, llegó mi general,
Pa' cumplir con el pueblo con tan noble ideal.
Pa' acabar con la esclavitud desleal
Y dejarnos de herencia esta gran revolución liberal».
«¡Viva Alfaro, Carajo!... ¡Viva!», gritó el gentío que ovacionaba a Alfaro.

Cecilia, la hija primogénita, montubia, guapa y airosa como su madre, dejó deslumbrada al lugarteniente de Alfaro, quien se dejó impresionar por los atractivos ojos negros de la montubia.

Mientras el General se reunía con todos los montoneros del recinto El Remojo, en la casa de Doña Edulfa para definir cuál sería su participación en esta gesta revolucionaria, aprovecha el momento Carlos Mero Macías, hombre de confianza de Medardo Alfaro hermano del viejo luchador, para galantear a Cecilia. Carlos era de tez trigueña, de ojos grandes y cabello enrulado, cuya sonrisa lo hacía ver con una rara belleza masculina, todo un gladiador, de su camisa sobresalían sus brazos largos y portentosos, sus manos grandes y voluminosas sostenían con firmeza la carabina, combinaba sus botas pantaneras y su pantalón blanco que era cruzado por un cintillo de paja toquilla, todas estas cualidades lo hacían ver como un atractivo varón.

Al terminar la visita de Don Eloy al recinto El Remojo, Carlos se apresuró y aprovechó para pedir la mano de Cecilia a Don Jacinto, quien le manifestó: «De esta casa mi amigo nadie sale sin casarse y bendecido por el cura. Si usted le ama a mi hija debe ser así». Carlos no lo pensó más y esa misma noche hubo casorio, fiesta, música y despedida del General quien pasó a ser padrino de la boda.

Fueron muchas las cruentas batallas donde Carlos salió adelante de todo peligro, siempre volvían al recinto El Remojo a visitar y pasar unos días de descanso junto a su esposa Cecilia. En pocos días las malas noticias no tardaron en llegar... mientras Cecilia sufría los estragos de su embarazo, un mensajero llegó con la confidencia de la muerte de su amado Carlos en batalla.

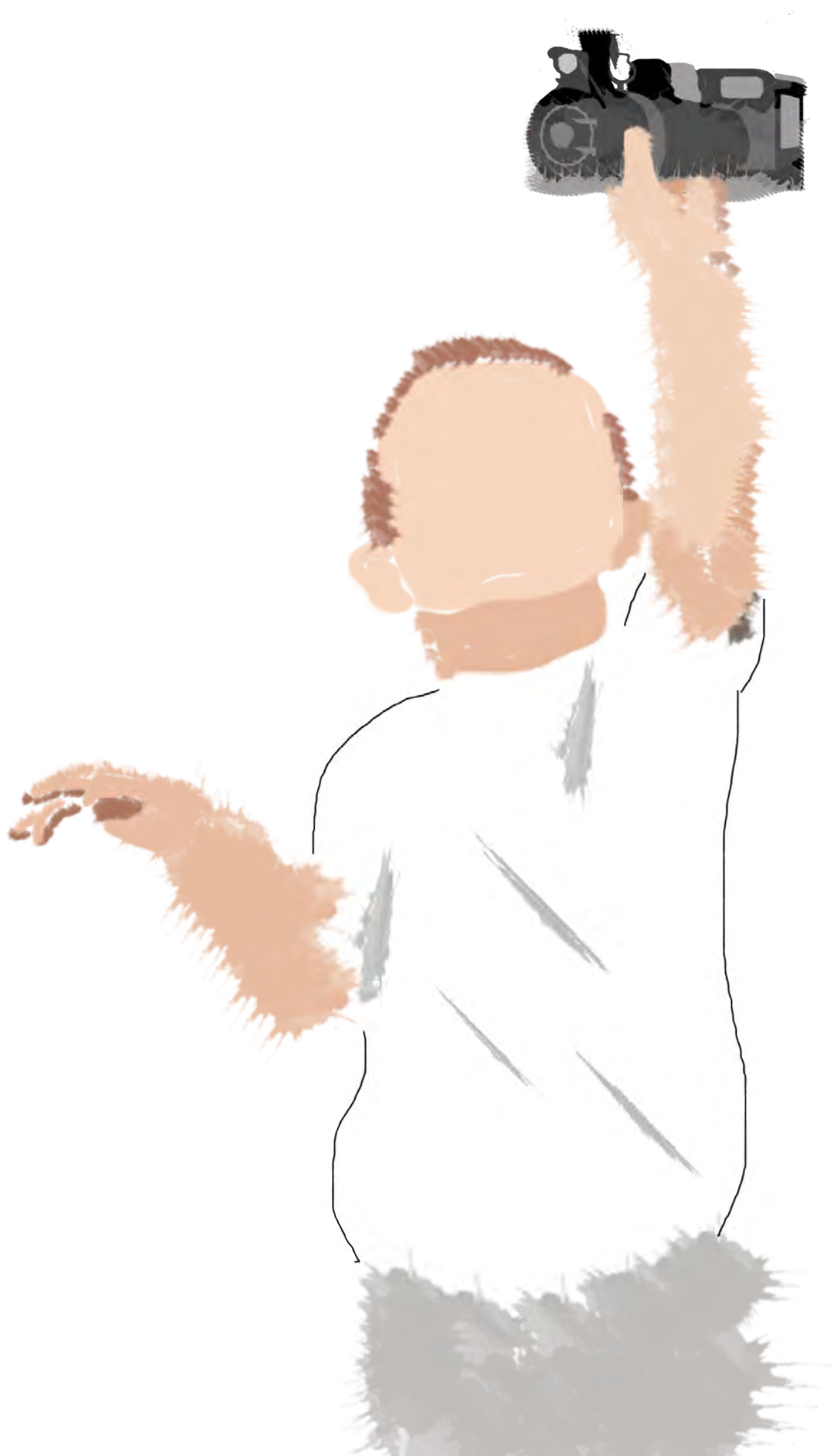
El 5 de junio de 1895 triunfó la Revolución Liberal gracias a las montoneras de Alfaro que siempre estaban lideradas por montubios. Entre estas faenas, Doña Edu fue una mujer que usó su fusil para defender los derechos ganados con Alfaro. Junto a sus hijas y su esposo apretaron las manos del Viejo Luchador, muchas veces festejaron el triunfo y las presidencias de Don Eloy,

Hasta ese trágico día en que la patria se vistió de luto y el cielo de Quito lloró por tan exasperante crimen, los cuerpos despedazados de Alfaro y sus lugartenientes quedaron desperdigados por los caminos tortuosos de la vieja capital, que vieron apagarse la vida de un mártir de la libertad. Aquel día, Doña Edu y Don Jacinto, que habían guerreado con el General, abrieron sus brazos al aire y cielo para, en una oración, llorar por tan vil asesinato.

Más adelante Cecilia les hacía abuelos por primera vez, un varón al que lo llamaron Eloy en honor a su padrino el gran luchador Eloy Alfaro.

Esta fue la historia de un pueblo y un líder, que nos dejó la herencia de una educación laica y un tren que unió a serranos y costeños.

ESTE CUENTO SE ACABÓ, PERO LO QUE HIZO ALFARO SE QUEDÓ.





Liberador montubio

Micaela Santillán Ron

Jacinto, sin contar su contextura de toro, no era diferente a nadie. Tenía el pensar de cualquier otro montubio, bebía el fin de semana luego de la jornada y llegaba a rematar la fiesta en casa con Don Bizco y los hermanos Carabalí. Jugaban cartas, contaban chistes de doble sentido y cantaban las historias que entonaba la guitarra hasta que el aguardiente les amarraba la lengua. Martha, su hija, lo vio siempre de esa manera. Asimismo, pasaron veinte años y cambiaron los cuerpos, la piel dura de su padre estaba rasgada por las arrugas y las caderas de ella eran anchas como el río, pero la escena era la misma, y las canciones se repetían, y la conversa bajo el tufo aguardentoso se la sabía de memoria, aunque el Bizco acostumbraba aumentar el final y quedar como héroe ante el asentimiento del resto que sabía que mentía, pero lo escuchaban de todas maneras porque era una falta de respeto echar en cara sus delirios de grandeza.

Pero ese pueblo, que carecía de relojes porque la monotonía y la repetición los hacían innecesarios, cambió de un momento a otro como si de repente un camaleón sufriera cuadros de esquizofrenia. Sin saber ni cómo ni cuándo, llegó un rumor

que atravesó los platanales hasta alcanzar sus tierras, cortando su cotidianidad como un machete invisible. Se hablaba de un libertador y sus montoneros, se decía que venían los serranos a abrirles las tripas con espadas y con balas. Jacinto escupió al suelo. Martha guardó esa imagen porque Jacinto escupía solo para armar el tabaco y para armarse de machete y apagarle la vida al insensato que le faltara el respeto, y Martha ya había



perdido dos pretendientes y al amor de su vida y tenía un terror intolerable porque no quería otro muerto a su nombre. Pero luego, cuando supo por dónde iba la cosa, se pegaba en la boca y si hubiera tenido tiempo se buscaba un amante para que papá lo destripara. Porque el que iba a la muerte era él. «Armas de blancos» dijo a regañadientes y volvió a escupir. Se fue por la mañana, junto a los hermanos Carabalí y cada hombre y niño que empezaba a ser hombre también. Todos menos el Bizco, que se había guardado en la casa de su hija y había llorado y temblado hasta verlos lejos, sin saber que desde ese momento sus mentiras heroicas perderían validez y la vergüenza no tardaría en acusarlo a diario hasta que no aguantara más y tuviera que callarla colgándose de la rama de un árbol.

Nadie lloró su cuerpo inerte y oscilante bajo la rama porque cada día vivieron pendientes de las noticias de sus hombres. Las labores se hacían a medias y las mujeres criaban solas a los bebés que morían de fiebre y de hambre.

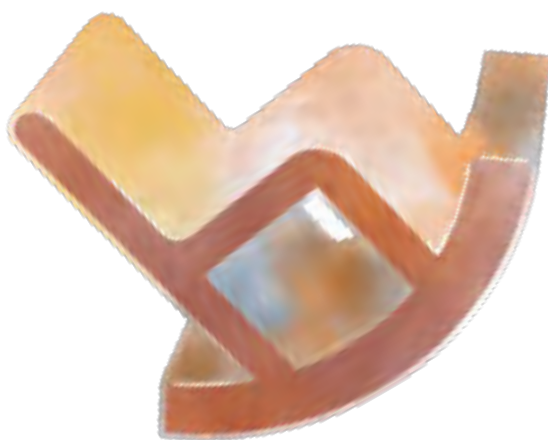


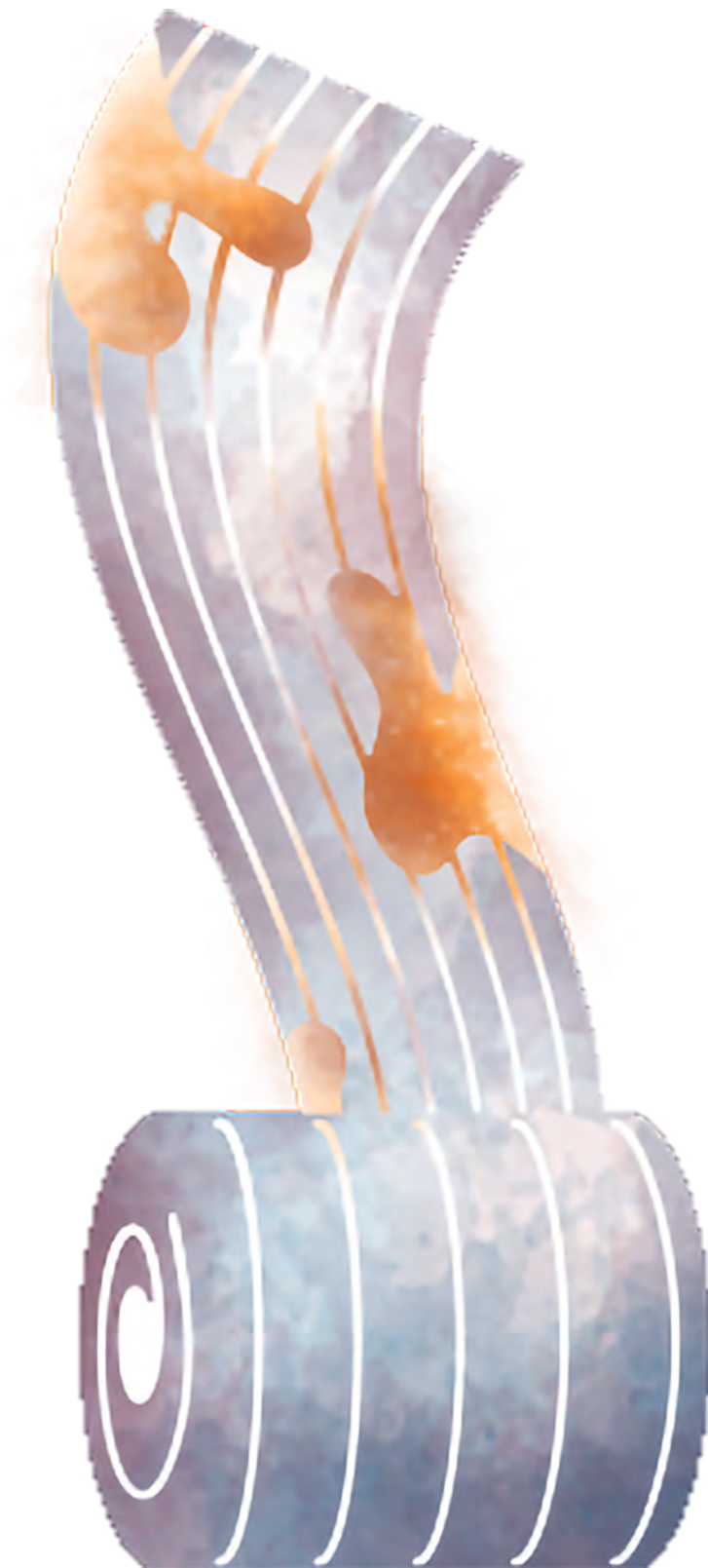


Fue tanta la tristeza que Martha aprovechó una tarde de lluvia torrencial para mirar al cielo y esperar a que las nubes mojaran sus ojos secos de tanto llanto. Pero la lluvia le dio más que lágrimas: cuando bajó la cabeza y restregó sus ojos con las manos vio una silueta adentrándose en el platanal hasta llegar a las afueras de su casa. Era Jacinto, su padre. Se abrazaron y pronto se enteró de que regresaba como libertador, que los liberales habían ganado y la patria era próspera. Martha no tuvo que preguntar.

Supo enseguida, por la sonrisa triste de su padre, el por qué había llegado solo, sin los hermanos Carabalí ni el resto de hombres del pueblo ni los hijos que empezaban a ser hombres. Supo también que ni él ni ella tenían idea del significado de patria ni a qué se dedicaban los liberales, ni qué habían ganado ni por qué su padre era héroe. Lo único que tuvo claro fue la caída repentina de su padre sobre la silla de madera, su esfuerzo para quitarse la camisa y el temblor de su mano al apretar una venda manchada de sangre sobre su costado y al ver sus ojos cada vez más cerrados y su esfuerzo por mirarla por última vez.

«No llore, hija –dijo–, su papá es un héroe», y calló para siempre.





Un pueblo guerrero hasta los huesos

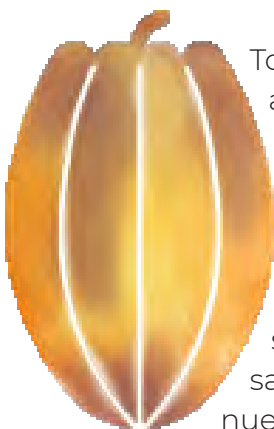
Giuliana Patricia Jiménez Vásquez

«¿Cómo puedo comenzar esta historia?», no sé, todo sucedió con tanta premura, verdaderamente fui heroína, o simplemente fui parte de una revolución por lo justo. Esto comenzó en 1825 en las provincias de Bolívar y en los Ríos, en Chilintomo, para ser exactos.

Mi nombre es Melanie Vera, a mis quince años, mi padre ya avejentado, salía cada día a cumplir labores del campo muy temprano. En aquel tiempo, la mayoría de nuestros combatientes habían regresado de la guerra por nuestra libertad; aunque las cosas, al pasar las estaciones, no habían cambiado mucho, en un punto de la historia se estaban volviendo peor, donde militares y ex combatientes crearon una nueva clase dominante, es decir, se apropiaron a la fuerza de muchas tierras que no les pertenecían y despojaron a muchas familias de sus hogares.

Para ser sincera, nunca pensé que después de ser sirvientes por muchos años, nuestros hermanos, hicieran lo mismo que los españoles; pero bueno, como mi padre siempre decía: «El adúlador y el traidor, nacieron en el mismo huevo», no importa de dónde provenga».





Todo el pueblo residía en las cosechas de cacao, así se habían organizado para ayudar. Yo estaba en el río recogiendo un poco de agua para llevar a mi hogar, cuando vi que se aproximaba una caravana de militares, según ellos «nobles» al servicio del país. Yo los consideraba ladrones creídos, pero bueno, eso no era lo más significativo en ese momento, sino saber por qué se encontraban en nuestras tierras.

Me levanté y salí de ese lugar, como alma que lleva el diablo a la casa del vecino Justo, un hombre ya de edad, el cual tenía dos hijos varones, para serles sincera su familia era muy seria, aunque simpática.

Cuando llegué, corrí hacia el lugar donde se encontraba mi padre y le dije que: unos militares estaban entrando al pueblo.

Él me dijo «quédate aquí y no salgas por nada del mundo».

En ese momento, mi padre fue a avisarles a todos en el pueblo; empecé a sentir miedo, pero más que miedo era curiosidad, aunque sabía que ellos no venían para nada bueno, sin embargo, cabe recordar que eran impresionantes, y su imponentia deslumbraba a cualquiera.

Mi padre ya había avisado al pueblo lo ocurrido, todos dejaron la cosecha y se encaminaron a averiguar lo que sucedía. Sinceramente, sé que fue imprudente lo que hice, pero necesitaba saber lo que ocurría.

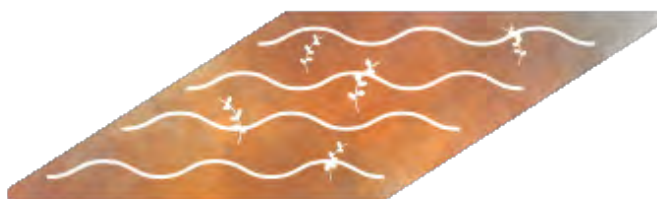
Entonces, me escabullí entre los matorrales y seguí a los hombres, cuando al instante divisé a un par de soldados con sus caballos e inmediatamente me escondí, pero lo suficientemente cerca para escuchar.

Un vecino, saludó cordialmente a los soldados y les preguntó: –¿Qué está pasando? ¿Qué hacen aquí?–



Ellos, con un tono grueso e impetuoso, le respondieron: –Se nos ha informado que hay tierras vacías y sin habitar en esta zona y el nuevo dueño viene a tomar posesión de ellas.

Yo me pregunté: «¿Qué tierras vacías?» Que yo supiera, no existía tal cosa, pues, todas las tierras tenían dueño, pero seguí escuchando.



El vecino preguntó nuevamente: –¿A qué tierras se refiere?

El soldado le contestó señalando con el dedo una casa blanca que se encontraba en la esquina, cosa que me sorprendió, pues esa era la casa de Bready, una de mis amigas, cómo era posible que dijeran que no estaba habitada, ya que ella vivía con su familia en ese lugar.

Después, los vecinos regresaron a la cosecha de cacao, y en realidad me sorprendió la calma que tenían, como sea, tal vez sabían que esto pasaría en cualquier momento, por todos los rumores esparcidos de otros pueblos.

Al llegar a la cosecha, comentaron lo sucedido, algunas señoras, especialmente amigas de Doña Perpetua, la mamá de Bready, se encontraban muy enojadas, pero lo que a mí me irritaba era la impotencia que existía por dar una solución a este problema, pues yo no quería que mi amiga se fuese y también me preocupaba que se declarara toda esta zona como propiedad de no sé quién, pero de lo que estoy segura, es de que ese hombre no era bueno en lo absoluto.



En ese momento, me levanté de donde estaba, aunque no puedo creer lo que hice, la frustración y enojo me sobrepasaron, sin embargo, más que enojo, lo que me movió en aquel instante fue el miedo de perder lo nuestro, entonces con una voz fuerte exclamé:



–¿Qué están haciendo?, estamos aceptando que nos quiten todo y tener que empezar de cero, tener que servir otra vez a un rico y someternos a su voluntad. ¿Acaso no somos montubios de sangre guerrera? ¿Vamos a rendirnos y huir así como si fuéramos roedores? ¿Nos vamos a quedar como los de la vista gorda y agachar la cabeza? ¡No estoy de acuerdo!

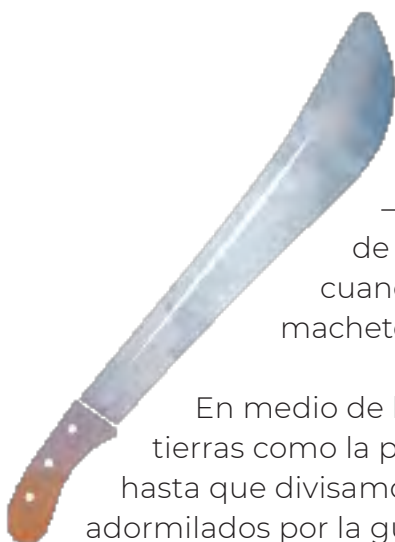
Empezaron los murmullos hasta que un amigo, Fausto, dijo:

–Estoy contigo, pero ¿qué haremos? ¿Con qué nos defenderemos? No tenemos armas como ellos.

–¿Y qué es lo que siempre cargas en la mano cuando caminas? ¿Qué es?, –lo dije señalando un costado de su pantalón donde siempre un montubio lleva su machete.

–Un machete –respondió dudoso.

–¿Y cuántas veces no has matado a una víbora que te quiso picar con el machete?, le dije un poco exaltada.



–Demasiadas como para ser contadas–lo dijo mientras se dibujaba una sonrisa en su rostro.

–¡Entonces saquemos a esas alimañas de nuestro pueblo! –me sorprendí cuando todos se levantaron, alzaron sus machetes y dijeron: ¡Por Chilintomo!

En medio de la noche, conociendo nuestras tierras como la palma de la mano, nos escabullimos hasta que divisamos a los soldados, ya un poco adormilados por la guardia.

En ese instante le comenté a Fausto: –sería fácil quitarles las armas.

A lo que Fausto me contestó:–me escabullo con cuatro hombres más y evitaré que den una alarma.

Fausto y yo asentimos con la cabeza, y él les hizo señales a unos amigos los cuales lo siguieron; para mi sorpresa les llevó menos tiempo de lo que esperaba. Cuando vi a los guardias amarrados, supe que era hora de acorralar a esa sabandija que había llegado a nuestro pacífico pueblo.



Fausto, quien se convirtió en mi mano derecha, me miró y entendí perfectamente su pregunta: –¿Qué hacemos ahora?

Le respondí en voz baja: –Busquen la tienda de acampar más ostentosa y rodeen.

No podía creer el valor que tenía esa noche, me sentía poderosa aunque está mal que yo lo diga. Cuando encontramos la tienda, la rodeamos. Fue una sorpresa al ver que todos se quisieron quedar a esperar a que despertara esa sabandija, como si fuésemos uno solo.



Esperamos pacientemente hasta que se despertara, sinceramente quería saber por qué nos querían fuera de nuestras tierras y quién se las había dado con la excusa de que estaban deshabitadas. Así que pedí que pusieran una trampa, la cual lo dejaría colgado como un zorro ladrón.

Al despertar y verse en una treta, el Coronel Carlos Arroyo exclamó con tono un tanto particular: –¿Quiénes son? Estáis invadiendo propiedad privada.

A lo que le respondí: –¿Quién eres tú? ¿Y por qué invades estas tierras?

–Pues soy el Coronel Carlos Arroyo, y esta tierra es mía, me fue otorgada por el Estado y ¡les ordenó que me liberen inmediatamente! actuaba prepotente y con aires de superioridad.

–¡Ja ja ja ja! ¿Acaso crees que te liberaremos para que tomes lo nuestro, que arrebatas algo que no te pertenece? No, tú serás un vivo recordatorio de lo que sucede cuando te metes con los chilintomos.



En ese instante lo amarramos, y arrastramos hasta llegar a Carcamana, así fue como nos bendijeron como una guerrilla, pero yo más nos considero como una lucha por lo justo, no nos íbamos a dejar quitar lo nuestro. Después de todo somos montubios, ¡un pueblo guerrero hasta los huesos!



El color de la aceptación

Ayrton Jared Orozco Aguilar

El cansancio me domina, no quiero ir a trabajar, no quiero ir a estudiar. Pero pienso en mi familia, en mis hermanos y en todo. Y con pereza me levanto, ¿qué pensaría mi tatarabuelo sobre mí? Fue un héroe nacional, Alonso Illescas fue un buen hombre, lo admiro mucho y no sé si podré ser como él. Soy un afroecuatoriano y aunque también llevo su nombre y su apellido espero ser un héroe como él. Pero la gente lo hace difícil, mi padre siempre me decía que debo ignorar a la gente que nos desprecia, que nos trata diferente, que nos queda viendo cada vez que entramos a una tienda, que no aprecia nuestro trabajo. Y aunque él ya no esté, siempre llevaré sus palabras en mi corazón. Pongo en práctica lo que me ha enseñado, no dejo que la cadena de odio avance a través de las generaciones, resisto y sonrío a los problemas de la vida.

El odio a nuestra gente ha disminuido, pero aún se siente esa sensación que te recorre el cuerpo y el alma cada vez que un grupo de personas te miran, se siente extraño, me incomoda, pero no hago caso y sigo mi camino, es lo que debo hacer. De todas formas, mi madre, mis hermanos y yo tuvimos que venir a la Sierra. La muerte de mi padre significó cosas muy drásticas en nuestras vidas, vivimos actualmente en Quito, es un lugar agradable y frío, no estoy acostumbrado, pero tiene lugares hermosos, mercancía única, comida muy rica y gente amable, al menos la mayoría.

Mientras pienso una y mil veces en las cosas de cada mañana, mi madre se para delante de mí, levanto mi mirada y parece preocupada.

—Oiga, mijo, ¿ute' ta' bien? —me pregunta mi madre.

—Sí, sí 'ama to' bien, ando ocupa'o con el colegio y toda esa vaina —contesto con una sonrisa.

–Ay ete' muchacho ya anda con la pela' –dice mi madre riéndose suavemente.

Mi madre me ha ayudado a convertirme en lo que soy, trabajo todos los días y estudio, soy el hermano mayor y, según mi madre, el «hombre de la casa».

En la tarde, voy en bus hacia mi colegio, veo los árboles, personas vendiendo en sus pequeñas tiendas, a parejas, gente paseando a sus perros, riendo y disfrutando la vida. Sonrío al ver a la gente feliz, pero ¿sabrán lo que paso yo? Realmente, ¿soy solo yo el despreciado? Me hago preguntas todo el tiempo, el desprecio que me demuestran está presente en todo lugar, intento no darle importancia, pero es muy difícil cuando siempre lo hacen. Cuando veo mi colegio recobro la conciencia y me bajo del bus.
Tic Toc... Tic Toc...

Suena el reloj de la clase poco a poco, el profesor Castillo siempre nos explica las clases con una pasión increíble y con mucha energía, suelo hacerle bastantes preguntas y él me responde con amabilidad, ¿por qué no toda la gente es como mi profesor? Me trata igual que a todos, e incluso le he agarrado un cariño por eso. En la hora de recreo se acercan a mí esos chicos, esos jóvenes que siempre me molestan, nunca he hablado con ellos, pero siempre vienen hacia mí. Uno de ellos me da un guineo y me dice con un tono burlón y sarcástico:

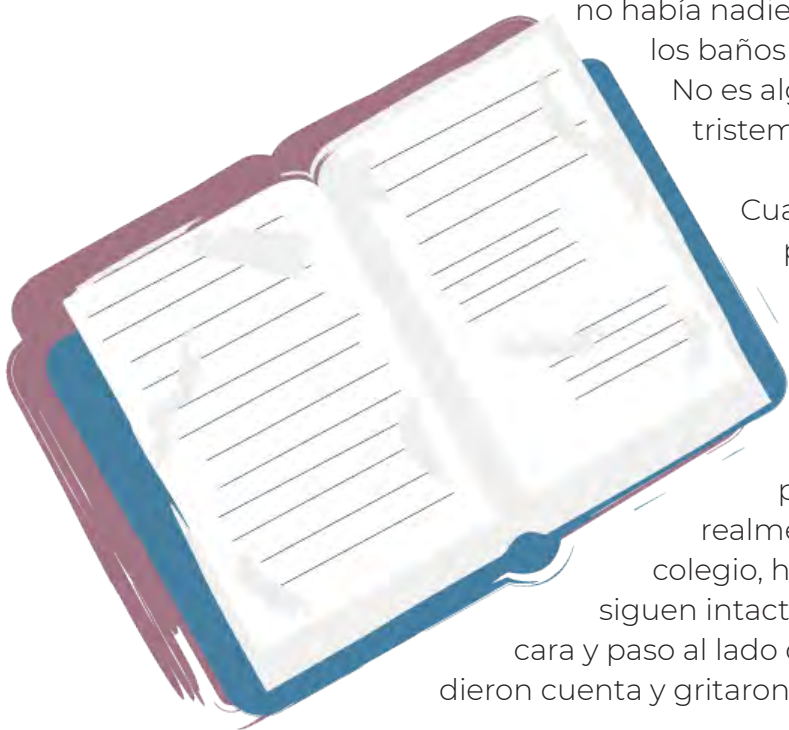
–Oye ve mono, te traje un guineo, como te gustan.

Y seguido de sus palabras, se empiezan a reír. No quiero responder nada, la violencia física o verbal nunca es lo correcto, sin embargo, es mucho peor cuando llegan más chicos a burlarse de mí.

–Quesf' pues, ¿no vas a decir nada? –me dice uno riéndose.

Solamente bajo mi cabeza y me voy del lugar, no quiero responderles, no tengo ganas de hacerlo tampoco. Mientras intento irme, alguien me cruza el pie y me hace caer al suelo. Por suerte logro poner mis manos y amortiguar el golpe. Con algo de decepción me levanto y salgo corriendo. Decirle a un profesor sería lo correcto, pero en ese momento





no había nadie, así que me escondí en los baños hasta que acabó el recreo. No es algo que debería hacer, pero tristemente lo hago.

Cuando acaban las clases, voy a pie hacia mi casa, el bus ya se fue y mi casa no está tan lejos. Camino con tranquilidad mientras el sol se oculta. De la nada veo a esos chicos, los mismos que me odian por una razón estúpida, no sé realmente por qué siguen en mi colegio, han tenido varios reportes, pero siguen intactos. De igual forma oculto mi cara y paso al lado de ellos, lamentablemente se dieron cuenta y gritaron sin vergüenza alguna.

–¡Oye mono! ¿Qué más pues? ¿No aguantas unas bromas de panas o qué?

Posteriormente se ríen a carcajadas, la gente de la calle permanece viendo con atención la escena, sin pensarlo dos veces salgo corriendo, no quiero entrometerme en algo tan tonto como una pelea, no es miedo, creo que se trata más de respeto. No lo sé, es el pensamiento con el que se me ha criado.

Cuando llego a casa mi madre y hermanos me reciben con un gran abrazo.

–Ya ama’ ya toy’ aquí, estoy bien cansao’ voy a cambiarme y bajo de una –digo con una sonrisa.

–¡Oe ‘pero, primero come pue’, anda’ bien cansao’ ah! –me dice mi hermano pequeño.

–Ya ya primero como pa’ irme a dormi’ un rato, ah –digo convencido.

Es medianoche, todos están durmiendo, pero por alguna razón yo no puedo conciliar el sueño, siempre suelo venir cansado de cualquier lugar y lo único en que pienso es en dormir, pero cuando estoy en la cama no puedo cerrar los ojos, es algo raro. La razón puede ser aquellos chicos, la

discriminación, mi familia o simplemente pienso demasiado. Algún día me gustaría visitar la Costa de nuevo, el lugar donde me crié, donde está mi gente llena de energía y alegría. Algún rato lo haré, pero por ahora necesito estar en la Sierra, aun así, desearía que todos fuéramos iguales, que no haya odio en la sociedad, que todos vivamos en armonía, es algo que quiero cumplir. Sin darme cuenta cierro los ojos y me duermo plácidamente.

Al día siguiente me levanto con el mismo cansancio, intento pararme antes de perderme en mis pensamientos mañaneros, pero algunos gritos se escuchan por mis ventanas, asomo la cabeza, pero solo veo gente...gris. Su color es un gris suave, se me hacía demasiado raro y parece que aquellas personas también lo notaron y era la razón de sus gritos, voy al baño y cuando me veo en el espejo mis ojos sobresaltan, me restregué los ojos para asegurarme de que no era mi visión ni un sueño. Por alguna razón mi color negro ha cambiado por uno gris como el de esas personas.

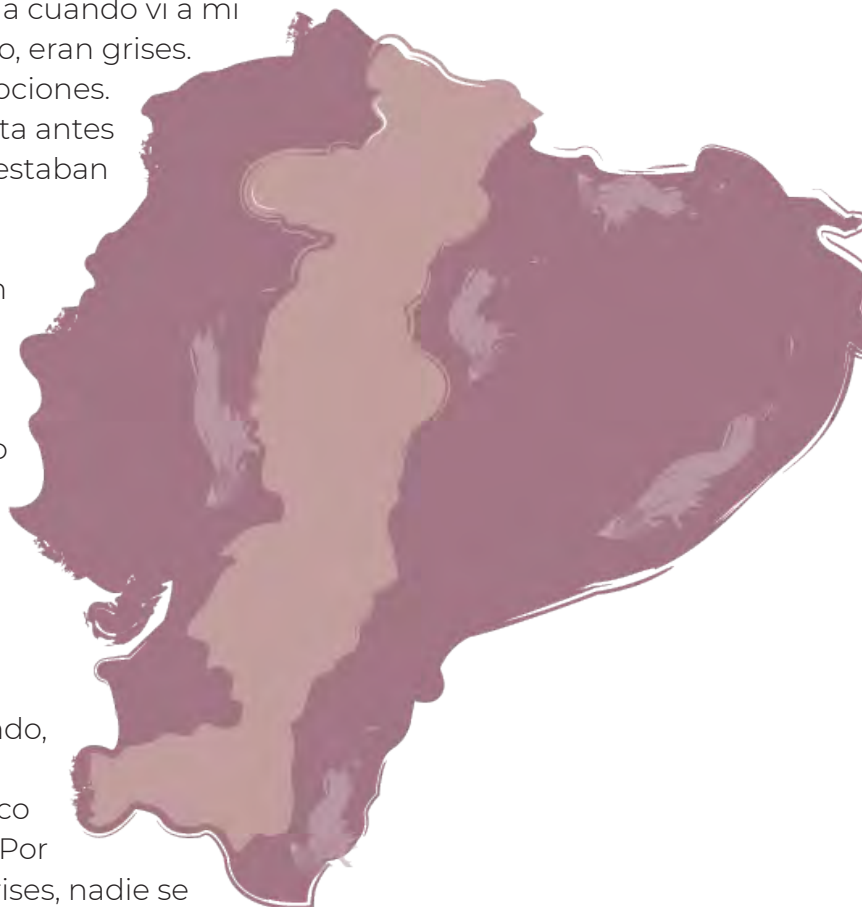
No sabía lo que estaba pasando, mi color era gris, grité desesperadamente y bajé a la cocina aún en pijama, mi cara se volvió aún más sorprendida cuando vi a mi madre y hermanos. Lo mismo, eran grises. Un color tan neutro y sin emociones. Ellos ya se habían dado cuenta antes de que me despertara, pero estaban mucho más calmados.

–¡Oe! Alonso mijo, tú también anda' gris, ah –me dice mi madre sorprendida.

–¡Ama' qué ta' pasando, ya no somo' negro! –digo gritando.

–No sé mijo, lo' vecino' también andan grise', toda la gente anda así.

No sabía lo que estaba pasando, después de escuchar a mi madre, me tranquilicé un poco y decidí analizar la situación. Por alguna razón todos somos grises, nadie se



diferencia si es mestizo, blanco, negro, moreno, o cualquier otra raza.

Es cierto, anoche pedí que todos fuéramos iguales y que no haya discriminación.

¿Será posible que mis palabras se hayan manifestado en el mundo? ¿Será por eso?

Pasaron unas semanas desde que todos en el mundo se convirtieran en gris, la normalidad había regresado, pero con un ligero cambio en nuestra vida. Las noticias decían que las guerras habían terminado, que el índice de bullying ha disminuido a casi cero, que las personas son más felices y que el gobierno toma decisiones mucho más beneficiosas para el pueblo.

Fui a estudiar, en dos semanas, la gente actuaba normal, algunos aún no se habían acostumbrado totalmente y, en cuanto a mí, no sabía diferenciar entre las razas de las personas, todos eran grises como yo.

En la tarde, cuando fui al colegio nadie me miraba, todos actuaban de forma normal, todos éramos grises, incluso los profesores y autoridades de la institución y aunque me sentía confundido por todo, me sentía bien. En el recreo, esos chicos que siempre me molestaban nunca llegaron, solamente me quedaban viendo, sin embargo, me sentía cómodo, me di cuenta de que ya no tenían razón de molestarme como solían hacerlo, son igual que yo, con ese color neutro que no demuestra nada.

Ya casi de noche regresé a casa, mis hermanos estaban felices e incluso bromeaban con que eran grises, mi madre, como siempre, me recibió con un beso en la mejilla y con un buen plato de comida, hablamos por un rato y fuimos a dormir. Esta vez, pude dormir casi al instante, ya no hay pensamientos que perturban mi mente, ya no hay discriminación en el mundo; hay, lo que parece «armonía», y es triste saber que la discriminación racial es un problema que engloba a la mayoría de conflictos con respecto a esto.

Por fin pude entender la respuesta a lo que yo llamaba «paz», ese sentimiento de aceptación y amor en el mundo, por fin somos iguales de alguna manera, las personas aceptan sus errores y se dan cuenta del verdadero valor de la gente, que somos iguales a ellos, y que reflexionen.

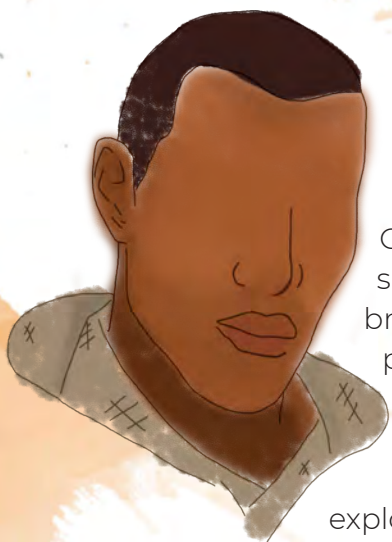
Pero, me alegra que aquellas personas que siempre sufrían, ahora puedan sonreír sin ninguna preocupación, que aquella gente que se burlaba o molestaba a los demás por su color de piel, maduren y tengan conciencia de sus errores, que sean perdonados por sus «víctimas», es el verdadero valor que mi tatarabuelo, mi padre y demás héroes, que lucharon por la igualdad en el mundo, y por una petición a la tierra se cumplió. Ese es el verdadero valor de las personas. Ese el color de la aceptación.

Fin



Ubuntu

Clarís Delgado



Cuenta la historia que, a finales del siglo XIX, una delegación de la empresa británica British Gold llega al Ecuador, para inmediatamente dirigirse al norte de la provincia de Esmeraldas, con el firme propósito de que le adjudiquen incommensurables territorios para la explotación del oro y otras riquezas como contraprestación a la deuda externa que el Ecuador contrajo con los ingleses durante las Guerras de la Independencia.

Hubo muchos testimonios de la época, de que sobre las riberas de los ríos Cayapas y Santiago, se podían encontrar pepitas y adarmes de oro sin necesidad de cavar tanto ni de hacer mucho esfuerzo para conseguirlo.

Esta delegación estuvo compuesta por un alto funcionario del gobierno del Ecuador, un intendente, tres delegados especiales pertenecientes a dicha empresa británica y un negro traído desde una isla del mar caribe.

Era el año de 1884 cuando esa delegación pisó una de las tierras con mayor biodiversidad en el Ecuador: la comunidad de San Juan. Es un espacio territorial que forma parte del ecosistema biogeográfico del Chocó y está justo en la confluencia de dos grandes y emblemáticos ríos: El Cayapas y El Santiago.

«Charles Klinger», era el empleado negro, que fue traído desde Jamaica, como parte de la delegación para ser el interlocutor de la empresa «British Gold», tomando en cuenta que iba a tratar con gente de su mismo color. A él le asignaron la tarea de entablar conversaciones con la población negra del norte de Esmeraldas con el objetivo de llegar a acuerdos para la explotación del preciado metal.

Charles Klinger, al igual que los demás miembros de la delegación, arribaron al norte de Esmeraldas utilizando el sistema fluvial, con embarcaciones pequeñas adquiridas para ese efecto.

Por otra parte, los comuneros afroesmeraldeños, al notar la llegada de estos forasteros, se autoconvocaron urgentemente para su recibimiento.

En una plazoleta fueron atendidos.

–Señores, buenos días, soy el representante del ministro del gobierno. Venimos desde Quito, porque esta delegación que ustedes ven ha venido desde Europa, desde el gran imperio británico, para explotar el oro y otros minerales que hay en esta región. Hay una autorización del gobierno central para este efecto.

–Hello, people, nosotros ayudar a ustedes a desarrollar esta comunidad, daremos trabajo a mucho gente –afirma Mr. Johnson, mientras fuma un cigarro.

Charles Klinger, el negro jamaiquino, también se dirige a ellos:

–British Gold, querer uno de ustedede... colaborar con nosotros, habeg grandes riquezas minerales en esta región, pero solo con máquinas de ingleses se podrá explotar –expresaba con un tono de voz que difería abismalmente del acento local, pues como jamaiquino tenía la influencia directa del idioma y del acento inglés-británico.

Los líderes afroecuatorianos, empezaron a murmurar y refunfuñar entre ellos, mientras una mujer líder indígena chachi de mediana edad vociferó:
«Nathaala, no dar confianza, blancos de ojos esmeralda son peligrosos. Ellos querer llevar oro de aquí a otro lado y nosotros quedar pobres aquí».

–Ingleses han traído regalos pa' el mejor de todos. Ha traído ropa, zapatos, perfumes para el comunero más fuerte, más rápido, para aquel que gane un





concurso de velocidad de cien metros planos. Al ganador de esta competencia, nosotros le nombraremos como el jefe de todos los demás y será nuestro interlocutor –Klinger se dirige a ellos con tono didáctico–. Please, please, los veinte hombres más fuertes colocarse en esta línea de partida y a la cuenta de three, correr hacia esa gran roca que se encuentra en la rivera del río –explicaba mientras señalaba con el dedo hacia el punto de llegada.

¡Ubuuntu! ¡Ubuntu! ¡Ubuntu!
¡Ubuntu! – se escuchaba esta palabra

mágica entre los pobladores, mientras caminaban inquietos de lado a lado. En ciertos momentos parecían un coro, en otros instantes se escuchaba la algarabía al son del ‘ubuntu’, ‘ubuntu’, pero lo decían con total ímpetu y convicción, como si la sangre africana retumbara en su corazón.

Uno de los empresarios ingleses con inquietud manifestó:
«¿Qué significar Ubuntu?!»

Muchos de los comuneros presentes se sonreían mientras se miraban sigilosamente entre ellos, en señal de complicidad.

Mientras tanto, una joven muy simpática de aproximadamente unos quince años de edad llamada Obdulia Mina, se puso al lado del empresario inglés más alto, y mientras reposaba su mano en su hombro le dijo:
“Míííííster, Míííííster, ubuntu significa “ánimo”, a esta palabra la necesitamos para este reto. Para la competencia de la que ustedes tanto hablan. Necesitamos por supuesto de ánimo, coraje, de valentía, mi querido Míster ¿entender mí?

–Ohhh, yes, yes.

Fue así que dieciocho hombres y dos mujeres se fueron a cambiar de ropa por otra más acorde para la competencia.

Los ingleses dijeron: «en media hora arrancar esta competencia atlética».

Cuando llegó el momento y todos los competidores estaban en la línea de partida, el inglés más bajito y narizón, quien lucía un traje formal muy elegante, con sombrero de copa pese a las duras condiciones climáticas de la zona, desenfundó un revólver y disparó al aire, en señal de que iniciaba la inusitada competencia entre atletas.

Lo que sorprendió a los forasteros es que los competidores en vez de arrancar desplegando largas zancadas y agotando al máximo sus fuerzas, con el fin de ser los merecedores de esos «codiciados» obsequios, avanzaban a paso extremadamente lento mientras se tomaban las manos demostrando un espectáculo de compañerismo tan sólido que no permitiría fragmentaciones suicidas.

El británico, el del revólver, apuntó nuevamente al cielo y volvió a disparar.

–Ayyy Diog mío, que una bala de esas no vaya a matá’ un cristiano –exclamó una veterana del público.

Y así... detonó el tercer y cuarto disparo, con sus ojos llenos de rabia. Posteriormente, harto de no ser entendido lanzó el revólver a un lado y sacó de una gran maleta, una carabina, de la cual disparó atronadoramente, no obstante, los «corredores» se mantenían impávidos. Estaba claro que no competían para ganar sino para demostrarse a sí mismos quién era el más feliz durante el camino. Iban con tooooooda la pana del mundo, inmutables y sin alterar en lo más mínimo sus cálidas y espontáneas sonrisas.

Después de unos desesperantes ocho minutos de supuesta competencia, finalmente llegaron todos juntos a la meta, abrazaron a la gran roca, recogieron esos regalos y se los repartieron entre todos, mientras se reían a carcajadas. La señorita Obdulia, con paso largo y firme se acercó a los forasteros y con una expresión un tanto burlesca y pendenciera se dirigió a los tres británicos:

«Escuchen caritas de leche, con sus regalos no nos van a dividir a nosotros, no permitiremos que ustedes creen conflictos en nuestras comunidades, y



les digo de una buena vez, que «ubuntu» no significa «ánimo»; ubuntu significa «minga», y minga es una práctica en la que todos colaboramos, cooperamos, arrimamos el hombro alegres para el bien de todos y no de uno solo.

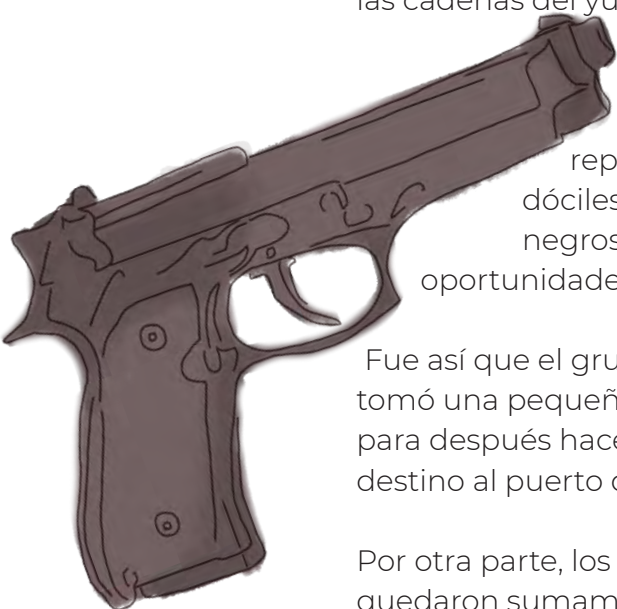
Hay una frase muy hermosa que decía mi agüelo: «¿Cómo puede uno de nosotros ser feliz, si todos los demás están tristes?». Estas palabras seguramente son conceptos que ustedes, caras de leche no comprenderán. Algo que aprendí de mi agüelo Domitilo, es que, nojotros no necesitamos sacar este oro en grandes cantidades, para que el forastero quede rico y el comunero pobre. Cuando la gente ama el trabajo, cuando la gente produce con sus manos, no es necesario del oro para el intercambio, sino del trueque entre gente verdaderamente trabajadora.

En eso, la madre de Obdulia, corrió vertiginosamente donde su hija y le tapó la boca, acto seguido, le tomó a la fuerza de su brazo izquierdo para finalmente a empellones conducirla hacia otro lado. Al rato intervino el representante del gobierno del Ecuador, quien increpó:

«A ver, a ver ¡¡bestias!! nosotros hemos venido aquí en son de paz con gente extranjera, que quiere invertir en esta zona y darles trabajo a ustedes ¡burros ignorantes!, nosotros como país debemos estar muy agradecidos del decidido apoyo del imperio británico, para que blancos, negros, indios y mestizos de América, hayamos podido liberarnos hace 60 años de las cadenas del yugo español, pero al ver que ustedes no entienden razones, regresaremos a más tardar en cincuenta días, con tres piquetes de soldados, para acabar con ustedes, y repoblaremos esta zona, con nuevos negros dóciles y bien formados traídos desde Jamaica, negros que sí serán bien agradecidos de las oportunidades que se les brinda».

Fue así que el grupo de forasteros, emprendió la retirada, tomó una pequeña embarcación hasta el río Esmeraldas, para después hacer un trasbordo a un navío más grande con destino al puerto de Guayaquil.

Por otra parte, los habitantes del norte de Esmeraldas se quedaron sumamente preocupados.



–Los ingleses quieren el oro y vendrán por él –una señora de mediana edad comentaba en voz alta.

Obdulia era la heredera de la sabiduría del gran líder de su época, su abuelo Domitilo, era la nieta predilecta, quien le acompañaba desde muy pequeña en múltiples misiones sin importar lo fatigosas ni peligrosas que fueran.

Ella se ubicó en un montículo de tierra y a gritos llamó a la gente con el fin de que le escucharan. Como si fuese una oradora experimentada, expresó desde lo más hondo de su consciencia y de su ser:

«Escuchen mis negros. ¡¡Pongan oído a lo que les voy decir!! Ante estas circunstancias, los hombres se tendrán que preparar para guerrear y las mujeres que quieran también lo harán. Los dioses del agua, del aire y de la selva nos darán poderes para ser invisibles cuando ellos lleguen, y... cuando precisamente ellos lleguen con el propósito de sembrar la muerte, pues ¡¡encontrarán su parte!!

No estamos preparados para la guerra, pero somos más astutos y tenemos como ventaja que conocemos el territorio y podemos tenderles muchas trampas. Si la vida es algo sagrado, la libertad y la dignidad son mucho más».

Muchos de los presentes se quedaron absortos al escuchar a Obdulia, pues siempre se le conocía como a una chica rebelde, temeraria y muy inteligente, pero no asumiendo semejantes responsabilidades de liderazgo.

–Escuchen compañeros –en eso Adalberto, el hermano mayor de Obdulia también tomó la palabra–, si San Juan tiene que desaparecer, tons que sea así, pero guerreando, sin acobardarnos, sin ¡a-co-bar-dar-nos! Los hombres conseguiremos escopetas, mientras que las mujeres... espero puedan coger sus bateas y jugar lo más que se pueda en las riveras del Cayapas y el Santiago.

–¿Con qué fin? –increpa un anciano.

–Yo les voy a hablar más claro –interviene Obdulia–. Aunque ustedes no lo crean... y eso me dijo mi agüelito antes de que lo asesinen, que por aquí hay mucho más oro del que todos ustedes se imaginan.



Obdulia recuerda con coraje y temple la muerte de su agüelito por parte de unos bandidos traficantes de oro. Suceso que fue testigo presencial y tuvo que regresar sola a los nueve años durante tres días por medio de los manglares. Ahí consolidó su carácter la auténtica e indómita cimarrona.

—Por la misma razón —interviene Adalberto nuevamente— en pocas semanas, obtendremos varios quintales, miles de adarmes de oro. Ese oro nos servirá para comprar armas en Colombia y así podremos defendernos. Ese oro también nos servirá para comprar a funcionarios del gobierno y así... ¡que nos dejen en paz!

Pese a estas palabras de efusividad y entusiasmo, el clima de incertidumbre comenzó a helar la sangre de los pobladores. Se percibía una sensación como si de los manglares salieran silbidos que anunciaban la muerte. El sol empezaba a caer y entre las estelas de la pesadumbre, ocultas entre las sombras de los árboles, se encontraban unas ancianas que lloraban del terror, ellas presagiaban que el fin de todo había comenzado, pues se tomaron muy a pecho las palabras de las autoridades de Quito.

Un pánico entusiasta se sentía entre los más jóvenes. Estas comunidades eran de una generación que nunca había entrado en guerra, en el fondo eran pacíficos. La mala noticia se regó como pólvora en toda la comunidad de San Juan. Al rato, el presidente de dicha comunidad, don Claudio, ordenó dar aviso a las dieciséis comunidades restantes de la zona, para que se acercaran los principales líderes y sus familias y así poder realizar una gran asamblea entre las comunidades cercanas, de carácter urgente.

El manto de la noche, con sus estrellas y la luna comenzaron a cobijar la zona. Los sonidos de los grillos, ranas, chicharras, monos aulladores y otros seres vivos, entonaban la magnífica sinfonía de una noche selvática. Concierto de animales que se iluminaban con cocuyos destellantes. No obstante, para aquellos que se ubicaron en el muelle, a eso de las ocho y media de la noche, podían avizorar a la distancia, entre las siluetas sombrías de los ríos Cayapas y Santiago, a varias caravanas de canoas y potros que, pese a la penumbra de la noche lucían espectaculares por las grandes antorchas que habían encendido, que como luciérnagas fogosas proyectaban una escena mágica. Poco a poco, mientras se

acercaban al muelle de San Juan, se escuchaba con más fuerza el jolgorio y la bullanguería de las tropas improvisadas sobre las embarcaciones. Hombres, mujeres y niños que al son de bombos, cununos y guasá entonaban cantos que serpentean entre lo divino y lo humano.

Se supo que una señora llamada Ángela, de la comunidad de Timbiré, se inventó en un instante unas arengas de guerra, para hacerlas canción. Y muchos en las canoas comenzaron a moverse al ritmo del bambuqueado con una energía y dramatismo tan vibrante que parecería que estuvieran en un trance, viviendo el conflicto bélico al frente de sus ojos.

Esa procesión de luces centelleantes llegó a San Juan, eran ciento quince personas, que llegaron en veintidós embarcaciones de todo tamaño y, si sumamos con la gente de la comunidad anfitriona, se agrupaba un número que superaba las trescientas personas. Todos se ubicaron en una explanada empedrada a orillas del muelle, y el líder de la comunidad, Claudio Perlaza, tomó la palabra.

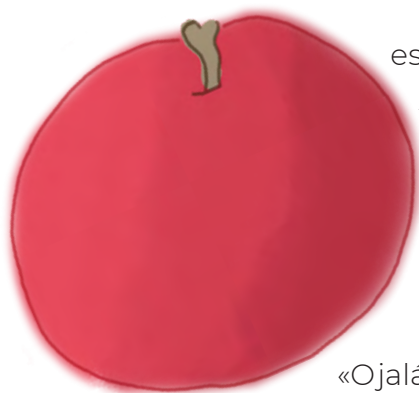
–Compañeros, como ya se habrán enterado, han venido afuereños, gente extraña a querer explotar a nuestra gente mientras pretenden llevarse el oro de nuestros territorios y con la anuencia del gobierno –Claudio se dirige a todos con tono de solemnidad–. En vista de esta situación, nosotros tenemos que defendernos, y para esto, tenemos que conseguir la mayor cantidad de oro. Es urgente ¡ponernos ya! manos a la obra. Una buena parte será para comprar armas y la otra parte para intentar comprar nuestros propios territorios a las autoridades de Quito.

–Las mujeres playaremos tanto el Santiago como el Cayapas –aseveró Obdulia con entusiasmo y fervor, aunque algunos veteranos la veían con ternura.

–Escuchen, tenemos que hacer eco del UBUNTU – Claudio explica de modo didáctico

–Como parte de la sabiduría de nuestros ancestros. Hoy más que nunca es indispensable, que todos





estemos unidos para enfrentar estas amenazas y no dejarnos aplastar. Esta gran lucha exige el apoyo decidido de todos y de manera inmediata. En quince días, debemos acumular el oro suficiente para que una delegación nuestra vaya a Colombia a traer armas que adquiriremos. Esperamos que en esa misión no se demoren.

«Ojalá en diez días puedan regresar con el armamento.

Por las mismas, de aquí en un mes máximo, una comisión debe salir con cinco quintales de oro y con la protección de un grupo de los nuestros para custodiarlo en su trayecto a Quito. ¡Escuchen! Ese viaje se realizará bordeando las estribaciones de la cordillera de los Andes. Primero llegaremos a Timbiré, después pasaremos por Apuela, y por caminos ya recorridos últimamente por los Yumbos y nosotros llegaremos al noroccidente de Pichincha. Esperamos llegar al destino en la plaza central de Quito antes de que salgan los piquetes de soldados a atacar a nuestras comunidades».

Y fue así que muchos jóvenes entusiastas se sumaron como voluntarios para las diferentes actividades.

Por las fuertes lluvias y las crecientes de los ríos se dificultó playar el oro. No obstante, en el día «15» tuvieron la suficiente cantidad para adquirir la dotación de armas de por lo menos ochenta defensores de la comuna.

Ocho negros, los más fuertes y atléticos salieron en dirección a Tumaco en dos canoas, para cumplir con esa misión. Entre ellos se embarcó Adalberto Mina, el hermano de Obdulia. Obdulia, otras muchachas y varios jóvenes se quedaron consiguiendo más oro, para recoger por lo menos unos cinco quintales, y colocarlos en costales de 25 libras con el fin de llevarlos a Quito.

La idea era, con esas riquezas, adquirir miles de hectáreas de tierras bajo la modalidad de compra venta, con el Estado ecuatoriano.

Pasaron los días y no había noticias de la delegación que se fue para Colombia. Obdulia, por si acaso, ya tenía organizado un grupo de comuneros para ir a Quito, con las provisiones necesarias. Se consideró que debían ser muy jóvenes para no levantar sospechas y por su agilidad en el paso.

Dieciséis hombres y cuatro mujeres fueron los escogidos para sacar adelante el gran objetivo de la comunidad, la de negociar la compra de 100.000 hectáreas de terreno.

—Con tristeza les digo —Obdulia se dirige a varios pobladores en señal de despedida—, no sabemos nada de la comisión que se fue pa’ Colombia, pero la otra parte de la estrategia, la de ir a la gran Capital, no puede esperar. He conversado con Claudio y las otras autoridades y todos están de acuerdo en que yo dirija la ruta hacia a Quito, porque ya he tenido la oportunidad de viajar tres veces a esa ciudad cuando mi agüelo todavía vivía. En medio camino nos toparemos con los Yumbos y ellos nos apoyarán a cargar el oro en el tramo final. A ellos les pagaremos con oro mismo.

Fue así que con la incertidumbre de no saber nada de la delegación que se fue a Colombia, emprendieron la travesía hacia Quito.

Se internaron río arriba hasta Telembí. En total fueron ocho días de caminar y caminar, entre más caminaban más andaban. Doce horas diarias a través de la selva profunda, entre acantilados, niebla, lluvias torrenciales y lodazales por doquier, bajo el acecho de jaguares, boas e insectos venenosos, pero con el apoyo logístico y de guía de los indios yumbos, arribaron a Nono, muy cerca de la capital, con los cinco quintales de oro.

En una cascada, atrás del Pichincha, descansaron un día, se bañaron y se cambiaron para estar lo más presentables al momento de llegar ante las autoridades. Los mismos indios yumbos les prestaron unas mulas y unos pocos caballos.

Al llegar a la Plaza Grande, Obdulia galopando uno de los caballos, demostraba su semblante de lideresa. Con su rostro de dureza y dulzura al mismo tiempo, embelesaba a cuanto caballero se le cruzaba por el camino. Así fue que ingresó a Quito y se dirigió inmediatamente a la Plaza Grande. Ahí fue capaz de presentarse ante los guardias del palacio de gobierno y les dijo: «Tengo cinco quintales de oro para regalarle al Presidente».



Y los guardias sorprendidos ante tal ofrecimiento, pasaron la voz a sus superiores para que se presentara la máxima autoridad. Al poco tiempo los funcionarios de la presidencia estaban totalmente enterados del asunto y hasta cientos de vecinos comenzaron a reunirse para atestiguar la entrega insólita del cargamento en oro puro. Transcurrieron cuarenta minutos y el presidente Plácido Caamaño, salió a la Plaza Grande, escoltado por un piquete de guardias.

–Qué hacéis vosotros por aquí –les interpela a todo el grupo con tono de solemnidad, escondiendo su sorpresa ante tal hecho.

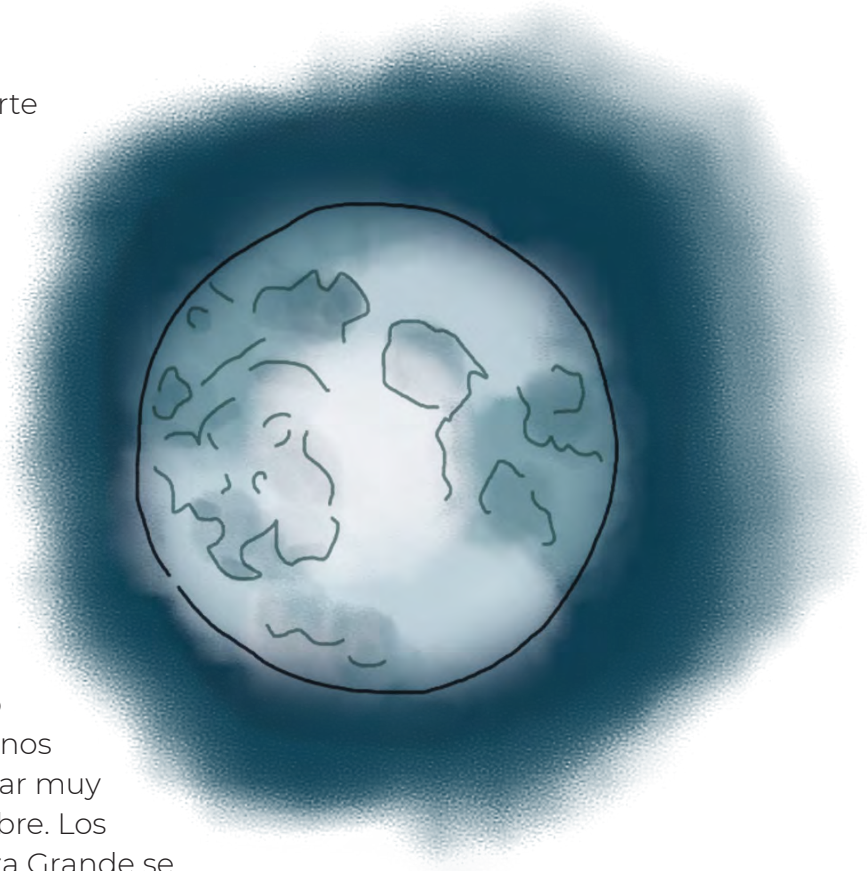
–Usted sabe perfectamente señor Presidente –Obdulia toma decididamente la palabra–, pues está autorizando a que empresas inglesas, con el respaldo del ejército ecuatoriano, invadan nuestro territorio, y yo no creo que a usted le convenga un baño de sangre de tal magnitud. Acepte esta cantidad de oro, cinco quintales de oro para que nos asignen de por vida las 100.000 hectáreas de tierra, o en el caso contrario, un ejército de incuantificables «cimarrones», llegarán con armas de fuego traídas desde el vecino país de Colombia, para hacer frente a cualquier amenaza.

Junto con sus palabras, Obdulia regó en el piso un costal de veinticinco libras de oro. Mientras tanto, la gente de los alrededores miró con codicia ese espectáculo. Parecían buitres listos a lanzarse a la carroña.

Entre tanto, un asesor se acercó al oído del Presidente y le dijo: «Estos negros también han sido asesorados por un licenciado y han traído un documento listo para que usted firme. Lo que ellos no saben es que los piquetes de soldados ya salieron ayer de noche desde Guayaquil en dirección a San Juan para cumplir las expresas órdenes en contra de aquellos que han desobedecido a las máximas autoridades del gobierno. Lo político es que reciba con cordialidad, la generosidad de estos dignos visitantes. Cuando ellos regresen a sus tierras ya no encontrarán sus caseríos y nosotros habremos obtenido sin esfuerzo alguno este gran regalo, ja».

Por su parte, el Presidente, le hizo un gesto expresando gratitud por esa información valiosa.

–Estimados visitantes del norte de Esmeraldas –habla el Presidente, con el tono de un discurso público–. La Constitución y las Leyes de la República del Ecuador tienen estipulado en su marco jurídico el apoyo a todos los habitantes del Ecuador, por lo que se puede otorgar autonomía en el uso de sus tierras. Estos territorios autónomos se llaman comunas. Pasen por favor, a dejar vuestro oro dentro del Palacio, al tiempo que ordenaré les preparen unos alimentos porque deben estar muy cansados y con mucha hambre. Los curiosos presentes en la Plaza Grande se quedaron con la intriga al ver la rapidez de la negociación.



Epílogo

A San Juan, con seis días de anticipación, llegaron tres piquetes de soldados desde Guayaquil, para sorprender en la noche a los pobladores. No obstante, unos 200 defensores de su territorio estratégicamente camuflados y armados hasta los dientes, los estaban esperando.

En Quito se rumoraba que ningún soldado enviado desde Guayaquil pudo regresar. Las autoridades de gobierno manifestaron que dichos soldados se perdieron en la selva y que seguramente fueron devorados por animales salvajes.

La historia reporta que «La Comuna Río Santiago-Río Cayapas» es un territorio de 62.000 hectáreas, y que fue fundada el 5 de junio de 1885. A Obdulia se la recuerda como una mujer con rostro de niña que proyectaba la fuerza suficiente para lograr una negociación con autoridades de alta jerarquía. Cosa que no se ve comúnmente.

Con el espíritu de Ubuntu, los pobladores de esas mágicas tierras no se doblegaron frente a las autoridades, ni regalaron sus riquezas al poder transnacional.

Las lágrimas de faldas y cabellos largos

Jahat Enríquez

La guerra siempre ha sido un acto de revolución de los hombres, pero también la valentía ha sido siempre la mayor característica de libertad de las mujeres, y esta es una historia que relata a grandes mujeres que rompieron paradigmas y lucharon por la familia.

Corrían los años 1771, allá en un pueblo enclavado de verdes montañas y esplendorosos nevados de la mitad del mundo en Ecuador, cerca de Latacunga, luce altivo el poblado de San Felipe, encapsulado de belleza andina; pero encogido ante un ahondado sincretismo donde primaba el destructor de esperanzas, látigo asesino de sueños, motor de opresión española que caía sobre la inocente espalda indígena, negra, mulata.

Era el infierno en la tierra, escondido tras plantaciones y sembríos, plazas y haciendas, sociedad dividida no solo por el poder, sino por las pestes humanas reinantes de los tiempos: violencia, racismo, discriminación, explotación y genocidio, eran el oxígeno que respiraban, entrando a sus pulmones y carcomiendo sus almas desde el interior. Los territorios se caracterizaban por la ruralización de la sociedad; en el centro del pueblo vivía la élite, los mandados por el mismo rey y aquellos mestizos libres de labios para afuera, ya que aún se podía distinguir la pesa de la opresión debajo de los impecables vestidos, cerca de ellos indígenas catalogados sirvientes sin pan ni pedazo en sus



manos, solo con una fusta en su envés, lejos... para evitar «entreverarse» con los impuros negros y mulatos dedicados a su madre tierra cosechando sus frutos, cazando sus animales, la cual los abrazaba con el espeso día y la noche larga, así era la vida de aquellos que no tenían el poder de sí mismos.

Pero la espada esta vez se reflejaría en el rostro de mujer, y la tierra sería testigo de las primeras huellas emancipadoras lideradas por esbeltas venus de tez negra y trigueña, pero con alma de hierro, sus nombres: Sebastiana Guillcama, indígena de trenzas largas, sedienta de justicia, con mirada hipnotizante y a la vez cegadora, junto a Gabriella Ninal Maysincho, de tez negra, con mentones anchos, una sonrisa tenue como si pretendiese al misterio, sus saberes se extendían como rizos, imponente, robusta, todo su cuerpo parecía boca de parto a la resiliencia.

¿Qué nos hace similares de una misma tragedia?
- se preguntaban- y sin encontrar respuestas en las palabras, sus miradas de desasosiego parecían fundirse ante el ocaso del todo y de la nada.

—¿Quiénes somos? y ¿a dónde vamos? —se preguntaban así mismas; la respuesta siempre fue la misma de las trenzas y risos:

—¡Nos unen las cadenas de opresión de la corona! ¡Nos unen las mismas ansias y desesperanzas de sentirnos vivas, dolidas y cansadas de la sumisión sin aire!

En este fango de abusos, trabajo, explotación, impuestos y carroña de muerte, al «Corregidor» jinete pisoteador, Simón de Fuentes y Vivero, le ha sido atribuido por el Rey de España la autoridad sobre estas tierras usurpadas; el autoritarismo se dilata y fluye como ráfaga de viento, arrasa con todo, sin memoria y sin rostro; sin aceptación a un edicto marcador de cuerpos, pues este decía, que: «Todos los niños a partir de los 7 años, dejarán de vagar en los prados y serán conducidos al trabajo, específicamente a los obrajes, recogiendo los desperdicios, bañando



ovejas, mezclando tintes y otras tareas de menor fuerza con el objetivo de producir más para que engorde el poderío de su monarca».

—Para identificarlos tendrán que poner en su piel una señal, cual ganado de corral. Pero entre los oídos corría esta idea venía de un pasado difícil, una niñez melancólica, encerrado en un cuarto, no solo por la limitación de su metabolismo frágil, sino también por una carente figura paterna, cuya sombra, siempre dejaba en su rostro una herida que traspasaba a su corazón, es pues así, que Simón de Fuentes, odiaba ver la felicidad que se le ha sido arrebatada en la infancia.

Este edicto cruel era pegado en las paredes de las casas, de la iglesia y en todo sitio visible del pueblo: rumores, quejas, llanto, la angustia carcomía el alma de las mujeres, de los padres; y los niños corrían, reían, jugaban, sin saber que el manto oscuro de la esclavitud iba a derrocar su destino.



Al percatarse de tal atrocidad, no podían dejar lastimar al fruto de su vientre, a su sangre, a sus hijos, la desesperación reinaba, pero en medio de la atmósfera de desesperanza, se levanta una mirada, una voz.

–¡A nuestras guaguas, no los toca cualquier ashco y menos un mushpa español!

Las miradas dormidas se empezaban a reconocer y levantando el cejo, fijan sus faroles sobre la valentía que surgía desde la inanición habitual, mas ese segundo de fricción recorrió el interior de la llama de la revolución centrada en los impulsos de la hembra natura; sus raíces eran el amor por los seres que no tenían ni la culpa ni la conciencia de la ignominia de la que eran objeto a causa de la codicia.

Las mujeres miraban de arriba hacia abajo y se detuvieron de abajo hacia arriba, parecían dos estacas las piernas largas de Sebastiana, sentía entre silencio y lodo, querer delimitar sus dominios; sus brazos se levantaron y otra vez, su voz retumbó suavemente en las sienes de otras de las mismas; entonces como pinzas que sostienen la misma prenda, se junta la fuerza de Ninal y de las otras mujeres de San Felipe, y, a modo de estratagemas arman el plan de salvataje de sus hijos de las cadenas opresoras.

El alba llegó y consigo trajo el destino de ya no ver a sus niños; pero antes de que este acto atroz fuese ejecutado, surge el plan que a modo de estratagema se ejecutó, como consuetudinario era su labor. A las 5 de la mañana el reloj de sol marcó y juntas con euforia salieron rumbo al puente de Calera, sobre el río Cutuchi, que conducía a las fábricas del obraje. La prisión y obligación era el olor que emanaba esa edificación, en la trayectoria, se les unieron 200 mujeres entre indígenas y negras; pero por tal acción, fue inevitable conmover corazones y levantar espíritus al son de la transformación, así que ahora eran 400 guerreras madres del corazón; luego se sumaron más y más y dejaron de ser una, dos, tres, cuatro... Eran demasiadas fuerzas negras, indígenas, mulatas que sin importar la reacción ni las consecuencias, solo se decidieron a pelear por un futuro para sus hijos del corazón, quizá sembrar las bases de mejores oportunidades o quizá, solo tranquilidad de mejores vidas para su descendencia.

Sin herramientas, sin palas ni picos, solo con piedras, palos y firmeza derrocaron el símbolo de opresión, aquel día de conglomeración de fuerzas cayó el puente que les llevaba a su disfrazada labor.

Sebastiana al ver la predestinación y la unión de tantas mujeres se hacía un solo puño cargado de sentimiento de liberación ante la opresión de sí mismas, pero que el detonante se fijaba en la renuncia a la posibilidad de cristalizarse una nueva opresión a sus pequeños y desde su pecho recogido, salió altiva su voz, como rompiendo ataduras, y dijo al resto de mujeres:

–¡Con palos y piedras, incluso con nuestra vida defenderemos a nuestras guaguas carajo!

Ninal replicó su exclamación y la juntó diciendo:

–¡A nuestros muchachos ningún cenutrio los toca!

Fue tal el retumbar de su voz que la corriente de viento cambió y la valentía ahora era un huracán que las cubría a todas; pero la nube de polvo sobrepasó los aires de libertad, la caballería mandada por el corregidor se aprestaba a dar fin a la pequeña revuelta como calificó el opresor. 800 soldados del batallón se disponían a apagar el fuego que una mísera chispa revolucionaria había dado pie a un pequeño fuego; según su razón, según su verdad...

–¡Arrasad con todo y matad a los rebeldes, sin piedad! –esas eran las disposiciones del opresor y la caballería se disponía a cumplir.

Al darse cuenta de su aproximación, el miedo a la diferencia de fuerzas cunde en el momento y la separación. A la cabeza de la revolución de las mujeres de San Felipe van Sebastiana y Ninal.

Sebastiana ve que no solo eran las madres las que las acompañaban, sino también sus retoños yacían escondidos en sus anacos y rebozos, todo confusos. Al son de un grito, unió a mujeres y niños en un solo grupo para huir de la querella.

Es así que Ninal, triste, pero decidida, la despide con valentía, poniéndose adelante para distraer a los guardianes del mal



y, así lograr que aquellas mujeres y niños huyeran rumbo al Carchi en busca de nuevos aires de sosiego.

Hasta su escape fue glorioso. Las mujeres levantaron sus faldas como acto desafiante. Impávidos quedaron por segundos; mas siguieron con la orden encomendada.

¡Mientras unas huían despavoridas, otras tras las chilcas se posaron, pero otras, en su corazón las balas guardaron!

El plan se había acabado, cuál águila al dar su último suspiro, de la cumbre decidió dejar su nido, para caer en las manos del enemigo.

¡Arrastradas, torturadas, golpeadas, lastimadas, no realizadas! Las ataron a los caballos del apocalipsis para llevarlas a su escarmiento, llave de la puerta a la otra vida.

Un joven huésped de la oscuridad, a dura voz dijo:

—Mi capitán, estamos cerca de la plaza.

El cura de la iglesia apresurado con tres campanadas daba aviso de que llegaban las tan buscadas. «¡Dios no permitas más dolor!» exclamó y tiró un telón negro por la aproximación de un genocidio.

Se distribuyeron las sentenciadas a diferentes torturas por levantarse contra la autoridad. Cien mujeres entraron primero: El opresor sin tapujos, dictaminó:

—A ellas doscientos azotes, sentadlas en el escondrijo.

Pasaron las siguientes hermanas de lucha: dieciocho indígenas, diez mulatas y una negra con el costal de la vergüenza que ya transpiraba sangre y dolor, pero no dejaba ver su rostro.

Las miró fijamente y con repudio, les dijo:

—¡Ah!, estas son las cabecillas, causantes de mi decisión.
¡Arrodilladlas y apuntad a su cabeza, así a nadie más se os ocurrirá llevar la contra a la decisión real, pero antes sacad el costal a la negra!

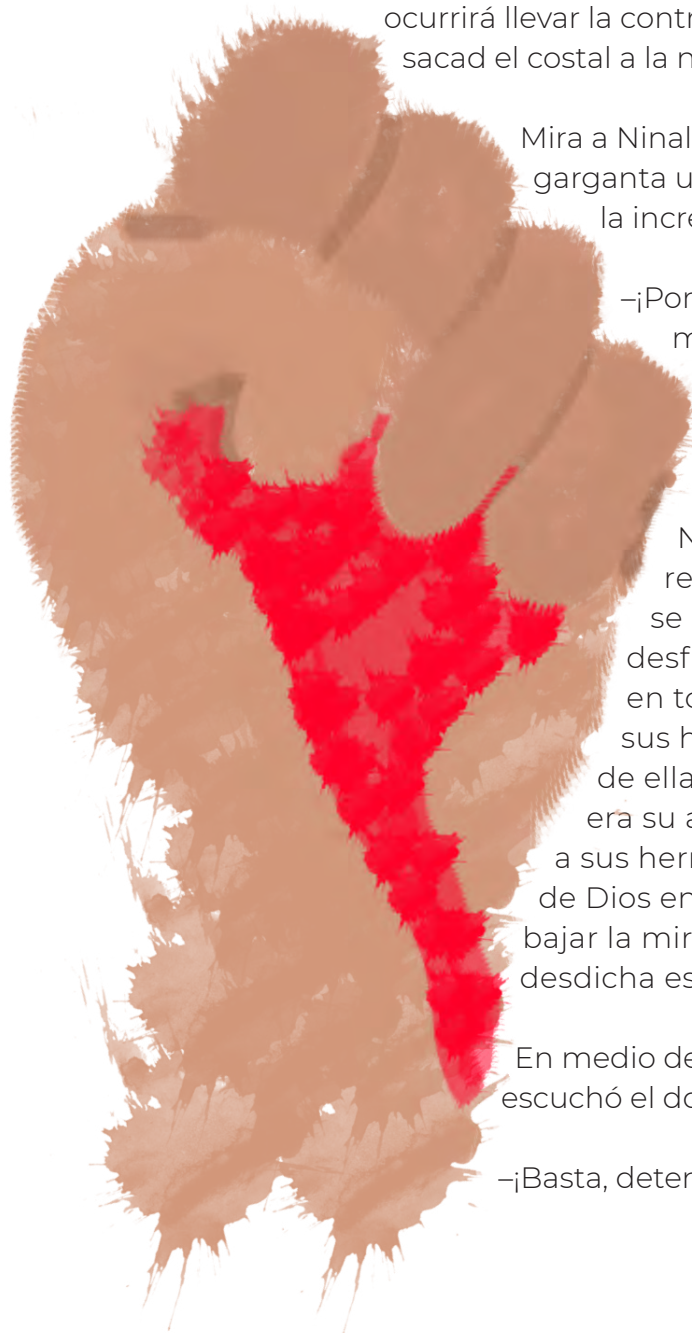
Mira a Ninal de pies a cabeza, recoge en su garganta un bosquejo y se lo escupe; luego la increpa:

—¡Por causa de tus ideas, ahora moriréis todas y que quede en tu consciencia que arrastrasteis a tantas a la demencia y ahora a la muerte!

Ninal sintió que su cuerpo se recogía a sus pies, sus lágrimas se mezclaron con su sangre que desfilaba por las heridas abiertas en todo su cuerpo; pero no eran ni sus heridas ni el dolor que emergía de ellas lo que rompía su corazón, era su alma la que la despojaba al ver a sus hermanas, unir su espíritu con el de Dios en el divino reposo. No pudo bajar la mirada, aunque sus sentimientos y desdicha estaban en las plantas de sus pies.

En medio de la muchedumbre impactada se escuchó el dolor de una mestiza:

—¡Basta, detengan esta barbarie, por favor!



Pero esto no consiguió el cometido, sino que, al contrario, esta también fue asesinada.

Apilan los cuerpos, encienden una hoguera y se desencadena un charco de la sangre de todas ellas. Al ver Ninal, este lóbrego acto con sus últimas fuerzas, dice:

–La sangre india, negra, montubia, mestiza es roja pero la sangre de esta negra será derramada y se esparcirá la libertad.

La multitud dejó su estado de ataraxia, no podía ver más desgracia en una sola mañana, comenzaron a levantarse y el corregidor apresurado se acerca donde, Ninal. Con la mirada ida, perdida en el mal, diciéndole de forma burlesca: «¡Adiós Ninal!», empuja el banco que mantenía a la valiente mujer en esta vida, haciéndola caer en un onírico sueño profundo del que jamás despertaría.

La turba se unió en indignación y se escucharon gritos de exclamación conjugados entre la rabia y la indignación.

–¡Asesino! ¡Criminal!

La Gran capitana con el poderoso: «ahora está», cayeron en llanto y dolor. Hasta el cielo se tornó en un gris espeso, se abrió en dos y una iridiscencia iluminó la plaza, portentoso acto, pero eran ellas pues sus cuerpos dejaban al igual que el anhelo de romper con las masas que tanto daño causaban. La aurora casi toca el suelo despidiéndose de aquellos que un día fueron compañeros de cadenas e ilusiones perdidas, pero ahora tenían a tantos ángeles que velarían por sus vidas.

Pasaron las horas, y el cura de la iglesia central salió a mirar toda atrocidad que dejaba sentimiento sobre las calles, la plaza y los hogares, las familias destruidas y aun sobre los jinetes salvajes que cumplían con una orden mortal, ya no era lo mismo, todo se tornó lúgubre y sombrío sin la luminiscencia de su sonrisa y tesón, ha dejado un vacío en el corazón de la tierra que las vio nacer. Se arrodilló demostrando lo deleznable que estaba su alma destrozada, miró al cielo y su aliento con voz entrecortada se escucha: «Ahora son la fuerza que se perenniza en las generaciones, descansen en el regazo de Dios».

¡Fueron estas las mujeres, del inicio de la lucha, de la falda y cabellos largos, que parieron los indicios de la libertad!

El laberinto de madera

América Victoria Mestre Barrios

La vida es un ciclo de experiencias, he sentido alegría, amor, rabia, desesperación. Aunque con mis pies encadenados siempre tuve libertad como si unas gigantescas alas de ángeles estuvieran dispuestas a elevarme.

Nací un 15 de abril de 1540, en alguna parte del hoy conocido continente africano. Recuerdo los hermosos ojos de mi madre que me observaban fijamente mientras yo sentía una dicha inmensa. Crecí y al poco tiempo me deshice en lágrimas. Viví, caminé y tropecé, para luego levantarme. Seguí junto a mi madre que me guiaba por la vida, mientras trenzaba mi cabello. Aprendí a sentir mis raíces mientras corría por aquella tierra donde fui libre.

En los años posteriores, mientras crecía, tuve pocos amigos, sin embargo, siempre me divertí entre aventuras imaginarias y viviendo las más curiosas experiencias, hasta que la incertidumbre llegó. A mis 9 años, con asombro vi que todos huían de un gigante de madera al que por alguna razón le tenían terror. Mi pueblo fue esclavizado. Todos empezaron a desaparecer, el gigante de madera los atrapaba. Los llevaba al inmenso océano. Con el pasar del tiempo y ya sin mi madre, mi mirada se tornó fría, me encontré sola y perdida en el mundo, y eso me destruyó. Por mi cabeza pasaban cientos de ideas y me preguntaba constantemente el porqué de nuestra situación, para luego comprender que el destino de mi pueblo estaba marcado en su piel. Pero no fue hasta 1553 a la edad de 13 años que lo entendería. En esa época por primera vez sentí el dolor de un látigo.



Entre golpes me arrastraron a un barco. Y encadenada me llevaron a un cuarto desde donde no podía ver el sol. Recuerdo que había un pequeño agujero entre la madera y el mar, por el cual solo se podía ver un fragmento del cielo. Entonces pensé en el ayer, todo parecía tan lejano.

En ese instante comprendí a mi madre, pensé en mi padre a quien nunca conocí porque también se lo llevaron, recordé a mis abuelos y a todo mi pueblo. Lloré por su ausencia. Pasé horas, días y meses observando el horizonte por aquel agujero y aquel mar libre que me recordaba el ayer. Repentinamente sentí que no era ni la mitad de lo que solía ser, perdí mi infancia, aquella inocencia y mi libertad. Sentí como si una sombra engañosa se posara sobre mí. Entonces el ayer volvió, repentinamente, para flagelarme el corazón y dejarlo a un lado.

Recuerdo que llegamos a un puerto, los marineros llamaban a ese lugar Panamá. Aquella tierra cálida me trajo nostalgia, enamorada del sol y de aquel lugar, recordé la vida en libertad y lloré con una extraña alegría. Por desgracia mis sentimientos no duraron mucho, al igual que la estadía en ese paraíso. Tan rápido como el viento partimos y así me despedí para siempre de aquel puerto.

Entre latigazos y golpes me trasladaron a otro barco, mientras suplicaba por mi vida y la de los demás. La embarcación era liderada por Martín Gonzales, comerciante de esclavos, quien se disponía a llevarnos a Perú. Durante este tiempo sufrí como nunca antes lo había hecho. Constantemente me maltrataban, por lo general pasaba mucho tiempo sin comer ni dormir mientras trabajaba limpiando aquel barco.

Todos los momentos de mi viaje fueron difíciles, ya que mi pueblo al ser considerado más fuerte que los demás, por el color de su piel, fue constantemente maltratado de diversas formas. El peor de los castigos, según muchos de los cautivos, era llegar a la «habitación oscura», a la que nunca me dejaban ingresar. Los que entraban allí lloraban, gritaban y suplicaban. Unos salían casi moribundos, con una mirada de terror, otros no tenían la misma suerte y solo los lanzaban por la borda mientras nuestros cautivos reían. Recuerdo que en una de mis rondas de trabajo, mientras limpiaba la cocina vi una



gran variedad de alimentos y al tener tanta hambre tomé una manzana que estaba tirada en el suelo para tratar de esconderla por lo que uno de los guardias me tomó por sorpresa y me azotó.

Al día siguiente me obligaron a entrar a la «habitación oscura» y vi el horror. Mientras calentaban un pedazo de hierro a fuego vivo, me quitaron mis prendas, dejaron mi espalda descubierta y como si fuera un animal o un trozo de carne, me marcaron de por vida. En ese momento me contuve y al sentir el hierro caliente solo pensaba en sobrevivir y resistir, cuando de repente solté un fuerte llanto desesperado, sentí cómo mi vida se escapaba mientras me quemaban, para luego solo caer rendida ante los amos. Al ver mi cuerpo moribundo me miraron de una manera cruel, y uno de ellos dijo una frase que no olvidaré: «nunca serás libre.»

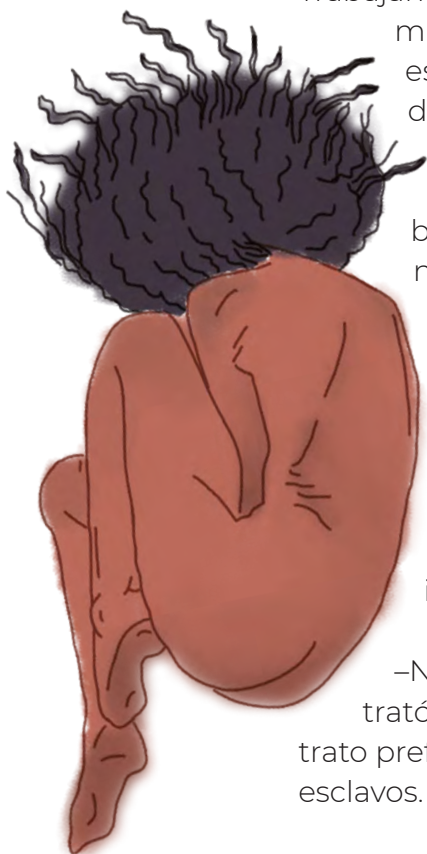
Los meses pasaron, descubrí nuevas cosas de mí y de los esclavistas. Sus manías, actitudes, comportamientos y cómo pasaban su tiempo libre. Trabajé duro para aprender sus costumbres y evitar los castigos, mientras pensaba en mi madre que tal vez sufrió lo mismo dentro de este gigante de madera al que todos temíamos.

Trabajando en mis actividades cotidianas, conocí a Eleonor, mujer adulta, de más o menos 38 años que también estaba encargada de la limpieza de la parte superior del barco. Ella era sutil en su forma de hablar y expresarse, pese a su condición de esclava. Había pasado por tres «dueños» antes de que la trajeran al barco. Nos convertimos en buenas amigas y en una de nuestras charlas Eleonor me dijo:

–Viví en esclavitud junto a mi familia, hasta que me separaron de mi madre y fui vendida a mi primer amo por ciento veinte monedas.

–¿Por qué lo dices de esa forma tan tranquila? Le pregunté con curiosidad, puesto que su actitud me inquietaba.

–No es que no haya sufrido, pero mi primer dueño me trató bien, me consideraba parte de su familia. Tenía un trato preferencial ya que no dormía afuera junto a los demás esclavos.



—¿Y por qué te vendieron a otro amo?

Eleonor me miró con tristeza y respondió:

—Él me quería, pero su familia no. Cierta día la esposa del amo no pudo soportar mi presencia, le fastidiaba que yo durmiera dentro de la misma casa. Mi dueño se sintió obligado a venderme, esta vez pagaron por mí ciento cincuenta monedas.

Sentí mucho dolor por mi amiga, mis ojos se llenaron de lágrimas. Preferí no preguntar más, sin embargo, Eleonor siguió contándome su historia.

—Mi último dueño era hermano del anterior. Permanecí con él casi 3 años, al final murió y su familia me vendió a este barco por 90 monedas, al fin y al cabo ya no soy tan joven como antes.

Eleonor calló y yo continué con mis labores habituales.

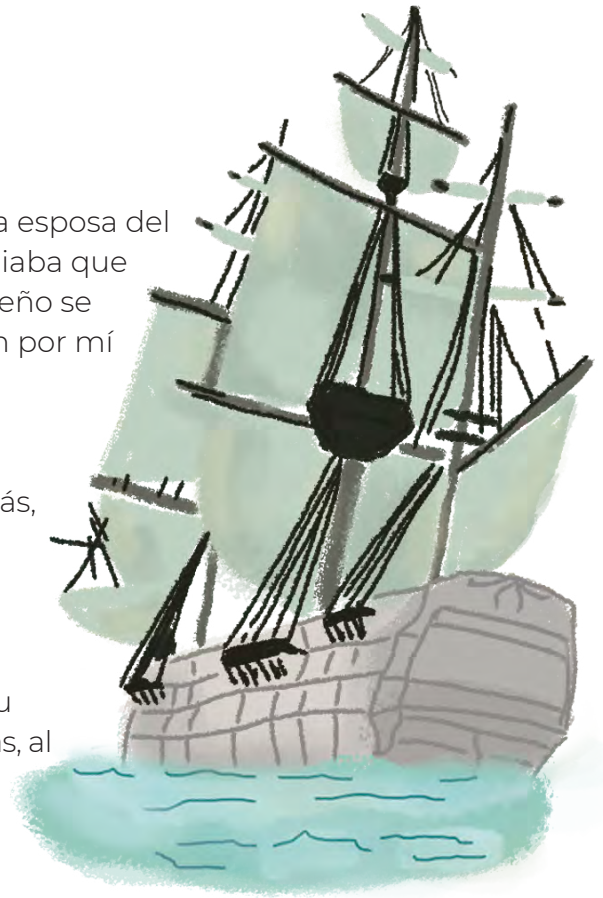
Ella generalmente me hablaba de sus sueños, sus vivencias, era bastante agradable. Me contó sus aventuras y desventuras. También que aprendió a leer y a escribir con ayuda de su primer amo, a quien nunca olvidaría.

Después de un tiempo supe que en realidad no se llamaba Eleonor, pero era el único nombre que ella recordaba, se lo habían cambiado muchas veces como para saber cuál era el verdadero.

Llevábamos el mismo tiempo en el barco. Eleonor no hablaba mucho con otros esclavos, conmigo era diferente, siempre buscaba momentos para conversar. Debido a esto y por robar pan para dárselo a sus compañeros esclavos, la azotaron y duplicaron las actividades que debía realizar.

Los días y minutos pasaban rápido mientras trabajábamos, a veces a mí también me castigaban. Mi espalda permanecía lastimada por los constantes latigazos. Sin embargo aprendí a sobrevivir.

Una madrugada mientras todos descansábamos, escuchamos un estruendo tan fuerte, que fue como caer hacia el abismo





de la muerte. Rápidamente me levanté, vimos a través de los agujeros de la puerta, el barco parecía hundirse. Los guardias impedían nuestra salida, traté de abrir el cerrojo mientras el agua subía cada vez más. Tuve la suerte de encontrar un gancho oxidado y lo usamos para abrir aquella puerta que nos llevaría a nuestra anhelada libertad aunque en medio de aquel mar desconocido.

Con gran esfuerzo logramos salir de nuestra prisión, la felicidad duró poco. Muchos murieron en alta mar debido a las corrientes marinas, otros caían por su desesperación mientras veíamos hundirse al barco. Parte de nuestros problemas se fueron, ya no teníamos amos, sin embargo todo se volvió peor en el mar. Recuerdo los gritos de los padres al ver que sus hijos se ahogaban en ese infierno azul. Pasamos días y noches flotando con la ayuda de trozos de madera y esperando un milagro.

La mayoría de mis compañeros se rindieron, incluso Eleonor. Yo seguía pensando en el «más allá». También pensé que la libertad de alguna forma llegaría para mí y los míos. Al poco tiempo, tenía razón. Luego de nadar por días, llegamos a tierra. ¡Al fin!, que sensación tan cálida y acogedora era casi como estar en mi hogar. Pero no todo fue perfecto, pasamos hambre, frío y miedo hasta poder adaptarnos.

Conocimos a una tribu llamada «los Pidi», con ellos establecimos una alianza para dividir los territorios y así no entrar en conflicto entre nuestra gente. La paz duró poco, pero no fue por los Pidi. Como si fuera una maldición de la cual no podríamos escapar así los blancos llegaron, amenazando aquel paraíso de libertad y empezando una lucha por el territorio.

En 1554, ya a mis 14 años estaba lista para todo. El tiempo de luchar fue tan rápido que no me di cuenta de que pasé de desconocer al mundo a conocer su esencia. Muchas cosas ocurrieron, con cada recuerdo se rompía mi corazón. En ese momento y de alguna forma me liberé.

La guerra llegó nuevamente, muchos fueron asesinados, mientras los demás seguíamos luchando. Los africanos nos unimos a los aborígenes para la batalla que se desencadenó en esa tierra fascinante. En algún momento recuerdo derramar sangre y ser derramada en ella también. Parecía un mar de rosas rojas.

Al sentir nuestra fuerza, resistencia y voluntad de luchar, los blancos no tuvieron otra opción que rendirse y dejarnos libres. Con el tiempo los indígenas que se habían convertido en nuestros aliados optaron por terminar la alianza y separarse de nosotros. Los años pasaron de manera próspera hasta que al fin se fundó la república de los Zambos a la cual pertenezco.

Pasó el tiempo, dejé mi cabello crecer y a mi cuerpo florecer. Ahora que estoy sin cadenas, aún sigo reflexionando sobre qué es la libertad, pienso en todo lo que me sucedió y recuerdo a los que murieron. Entonces lo pensé: «muchos luchamos y sobrevivimos», siento felicidad al saber que todo mejoró para el afroecuatoriano.

Ese lugar fantástico que fue el escenario de mi historia se llama Esmeraldas, situada en Ecuador. Ahora es aquí donde pertenecemos. Y yo, Tiaret Olowe, siendo una de las primeras en llegar, les dejo este mensaje:

Ciertos caminos están cerrados hasta que tú los abres, siempre y cuando seas libre de espíritu.

Vi a cientos de personas morir y al sentirme una conmigo misma dejé que todo se fuera, y entonces en el recuerdo de la lucha de mi pueblo, escribí estos versos a la tan esperada libertad:

Juré conocer y desconocí, aprendí de mis raíces y las perdí, caminé por la vida, me tropecé, luego me levanté, luché por una libertad que la desconocía y la conocí.

Luego viví, amé y lloré, olvidé que me esclavizaron, arranqué todas las hojas del libro de mi vida para luego tropezarme encontrando mis raíces que en un momento creí perder.

Para luego reflexionar y darme cuenta de que aún las guardaba...

La vida es un ciclo de experiencias «conocer para desconocer, luchar y amar cada día más».



Heroína como mami

Doménica Estefanía Paredes Avilés



Al florecer el alba, entre lágrimas y dolor, venía al mundo una pequeña niña de ojos negros con una cautivadora sonrisa, hija de doña María, una joven de veinte años afrodescendiente, y su padre, Don Julio, un joven de veintidós años montubio, ambos eran esclavos de una hacienda en la ciudad de Esmeraldas; debido al dolor del parto y las condiciones adversas del lugar en la que se encontraba la madre, no soportó y al nacer su hija murió, no sin antes sostenerla en sus brazos y con su último aliento, con su moribunda voz le dijo: «recuerda, tu madre te amará siempre, llega lejos mi pequeña».

Don Julio, decidió nombrar a su hija igual que a su difunta esposa: «María», quien se crió junto a su padre y con los demás esclavos. Cada noche le contaba historias sobre su madre a quien la pequeña María la imaginaba como una heroína que anhelaba la libertad de su pueblo sin maltrato y discriminación.

María imaginaba a su madre una heroína que salvaría a todos, pero como su padre le dijo: «tu madre no llegó a cumplir sus sueños y tuvo que partir con los angelitos, no quiero que te pase lo mismo a ti».

Una noche entre historias, Don Julio lleno de lágrimas, frustración, prometió a su hija que, al cumplir sus dieciocho años, él haría hasta lo imposible para que ella sea libre y cumpla sus sueños, María lo abrazó y dijo: «papi, mi sueño es convertirme en heroína como mami y salvar a todos».



Desde esa noche María decidió ser aquella heroína de la que su padre hablaba. Es así que cada día se escapaba de sus labores para observar desde una pequeña ventana las clases que recibían los hijos de sus amos y así aprender a leer y a escribir y poder llegar a cumplir su sueño.

Pasaron los años y cuando faltaba menos de una semana para cumplir sus dieciocho años, su padre se había encargado de formar un grupo que compartía el mismo ideal de escape.

El día de su cumpleaños, se levantó toda emocionada e hizo su trabajo con mucho entusiasmo, pues sabía que al caer la noche llegaría su soñada libertad; mientras tanto se había empezado a difundir entre las haciendas el rumor de que un grupo de esclavos intentarían escapar y los dueños no quisieron arriesgarse a perder a sus esclavos y armaron grupos centinelas que vigilarían y capturarían a quienes lo intentaran, y si fuesen descubiertos se atenderían a las consecuencias de este acto de rebeldía.

Al caer la noche, su plan inició. Entre frío y oscuridad se abrió paso el grupo de esclavos que al llegar al río y lograr cruzarlo, se conectarían con el otro pueblo; es en ese momento cuando los centinelas armados al escuchar susurros, encendieron sus lámparas, pues no permitirían que escaparan, siendo todos capturados menos María y su padre, quienes alcanzaron a esconderse entre los pastizales; esperaron un momento y corrieron para atravesar el río, en eso un guardia que aún permanecía en la zona, tomó a María por el brazo y con su fuerte tono de voz exclamó:



«Estúpida esclava, tú vendrás conmigo», su padre no lo pensó dos veces y se abalanzó sobre el guardia mientras gritaba a su hija para que escapara, María cruzó el río y corrió, fue cuando escuchó un fuerte disparo, retornó al sitio para ver qué



había sucedido y encontró a su padre tendido en el suelo lleno de sangre con un sobre en su mano derecha. María se arrodilló junto a él, lo abrazó y tomó el sobre, lo abrió y encontró una carta que decía:

«Mi pequeña Mary:

Recuerdo el día que naciste..., ese día fue para mí y tu madre el más ferviente milagro de la vida, sentí alegría y sobre todo un amor único, rogaba a DIOS que seas feliz y cumplas tus sueños.

Podrá pasar el tiempo y te seguiré viendo como mi tesoro más preciado a quien amo, e incluso si me llegara a pasar algo quiero que sepas que estoy orgulloso de ti y te amo como no tienes idea.

Y si estás leyendo esta carta es porque sabía que nuestro plan era riesgoso y podría pasar algún imprevisto, también agradezco a Doña Fanny quien me dio escribiendo esta carta porque sabes que no sé escribir.

Te dejo un pequeño collar que era de tu madre, la paloma simboliza la paz y la libertad que ella anhelaba, consérvalo y llévalo contigo siempre. Te amo, mi pequeña Mary».

María entre lágrimas sostuvo la carta de su padre y empezó a correr por los pastizales hasta llegar al pueblo, avanzó un poco más y cayó tendida en el suelo.

Al día siguiente se despertó, se encontraba en una casa llena de afrodescendientes que habían escapado de sus dueños; ellos la alimentaron y ayudaron, cuando mejoró le preguntaron qué había sucedido, ella contó todo lo vivido y cuál era su sueño, todos se motivaron con su historia y decidieron apoyarla.

Pasó casi un año organizando y reclutando más personas para su gran lucha, el saber leer le ayudó mucho ya que se enteraba de lo que sucedía en el pueblo.





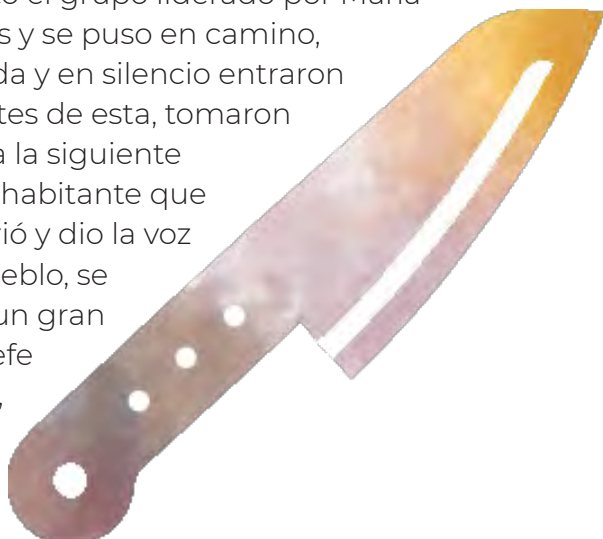
Cuando ya tenían casi todo organizado hicieron una reunión para planificar el gran golpe y dar la libertad a su gente y amigos, planearon desde dónde conseguir armas hasta cómo defenderse en el combate mano a mano; la noche anterior al golpe, revisaron el plan una última vez y se fueron a dormir temprano, pues ya llegaba el gran día.

El gallo cantó a las seis de la mañana, María se despertó y tomó una ducha, se vistió y agarró una cajita donde guardó el collar que su padre le había dejado,

no se lo había puesto hasta que fuera el gran día, lo tomó y se lo colocó alrededor de su cuello viéndose al espejo y sintió que llegó el día de ser aquella heroína que tanto anhelaba, reunió a todos y parándose frente a ellos dijo: «hermanos por años hemos sido esclavizados, maltratados, discriminados, humillados e incluso asesinados; he visto caer a mi gente e incluso me tocó ver a mi padre morir. Y añadió:

«¡Basta!, basta de tanto abuso, el día de hoy cambiará todo..., este día quedará en la memoria de todos al obtener nuestra libertad», entre aplausos todos se motivaron y marcharon rumbo al pueblo de donde María había huido y se resguardaron entre los pastizales esperando a que llegara la noche para dar inicio a su plan.

Cerca de las diez de la noche se apagó la última lámpara del pueblo y en ese momento el grupo liderado por María se levantó entre los pastizales y se puso en camino, llegaron a la primera hacienda y en silencio entraron y amordazaron a los habitantes de esta, tomaron sus armas y salieron rumbo a la siguiente hacienda, cuando en eso un habitante que no había sido capturado corrió y dio la voz a todos los habitantes del pueblo, se encendieron las luces y con un gran grito llegó Alberto Torres el jefe de la colonia. Con su caballo, se detuvo frente a María y le dijo: «Han cometido un gran error al venir aquí de

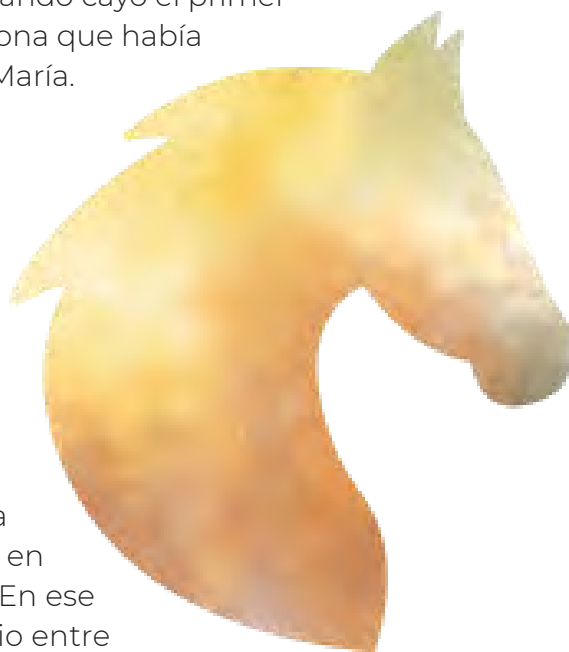




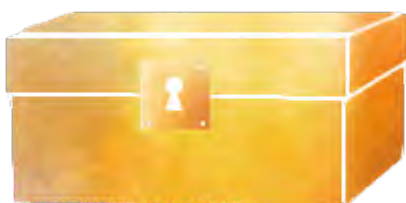
esa manera, ustedes no lo saben pero acaban de venir hacia su muerte, y les daré un ejemplo de lo que su acto de rebeldía ha hecho».

Mandó a traer un esclavo, lo puso de rodillas, sacó su arma, con ira y sin titubear descargó sus balas sobre él, en ese preciso momento María, llena de odio, alzó un cuchillo y lo clavó en el pecho de Alberto dando inicio a una batalla que terminaría en masacre, se escucharon disparos y gritos, sumándose cada vez más esclavos de las haciendas vecinas quienes descargaban su furia en contra de quienes habían abusado de ellos; cuando cayó el primer rayo de sol también cayó la última persona que había participado en la muerte del padre de María.

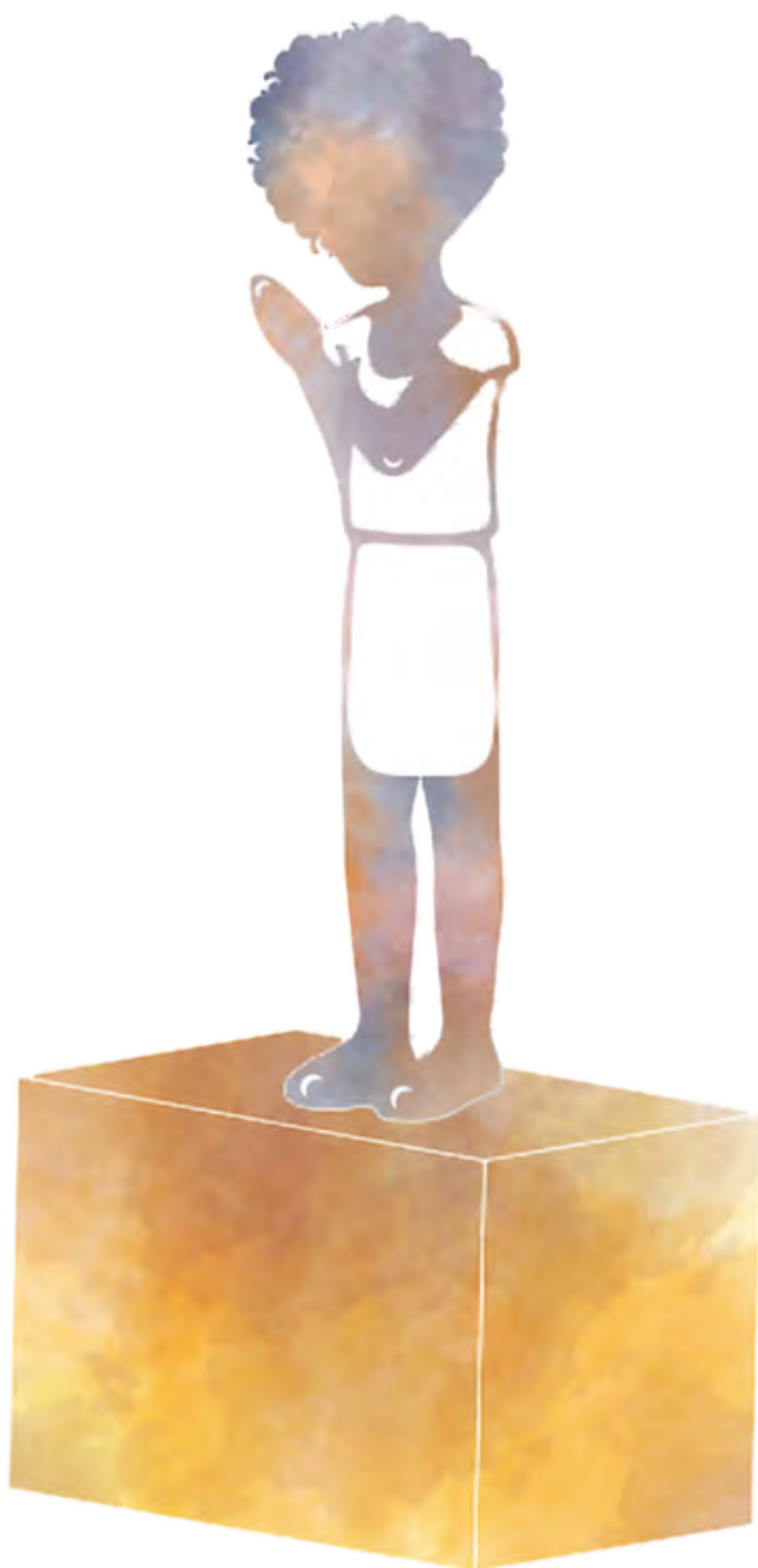
El pueblo afrodescendiente se abrazó. Se preguntaron por María pues no la habían visto, de lejos se escuchó un llamado de un niño que decía: «está por aquí, vengan ,vengan». Llegaron y la encontraron acostada atravesada por una bala en el estómago y con sus últimas fuerzas vio a su gente y les dijo: «lo hemos logrado, somos libres» y ya agonizando con su delicada voz mencionó: «oíste papi, me convertí en heroína como mami» y cerró sus ojos. En ese momento todo fue un profundo silencio entre lágrimas y mucho dolor, pues mucha de su gente había caído aquel día.



A la mañana siguiente se juntaron todos los afrodescendientes para dar un entierro digno a María y a toda su gente, fue un día de tristeza y alegría pues sabían que habían logrado un cambio y sobre todo conseguido su libertad.



En honor a María se levantó un monumento con una placa de hierro que en las esquinas tenía talladas figuras de pluma, y con la frase: «Una heroína hasta el fin».





Una flor que se levanta en la tormenta

Ana María Mejía Noroña

¡Un héroe dijeron!, héroes fueron todos los que siempre lucharon por igualdad, incluso si no tuvieron nombre ni rostro en la historia. Ana Mejía (frase mía porque todos fueron héroes, acorde a sus circunstancias)

Nació esclava. Su madre, Zunduri en el alma y llamada Tomasa, esclavizada, una orgullosa africana que aprendió a sobrevivir cediendo, para no olvidar ni a su madre, ni su origen y ni a su pueblo. Su madre no conoció a la niña, su hija, y la de su acompañante esclavizado.

Los juntaron como a ganado para no comprar nuevos esclavos. Nueve meses pasó en su vientre y los nueve meses su madre rezó para que no la azotaran, por el trabajo. En ocasiones, ocurría, quizá dos o tres veces por día, mientras observaba su vientre en crecimiento y ella rezaba.

Rezaba para que la criatura no viniese a esta tierra de esclavitud y llanto mientras en los mares del pensamiento se atormentaba. ¡Y trató! ¡Sí, lo hizo!, trató de evitar que naciera. Pero cada intento era frustrado pues él, su «Patrón», no lo permitió y llamó a otros para que la «cuidasen» encerrándola detrás de unas verjas.

Así, entre sollozos incluso antes de su nacimiento, repetía quedamente un «lo siento». Pasó el tiempo y llegó el día. Llamaron a una partera y en camilla improvisada, nació. Tras un último clamor, la madre cayó rendida y «al despertar con la niña en brazos, en llanto y dolor vociferó: ¡Perdóname!

¡Perdóname por traerte esclava, negra y niña!»

A la segunda noche, aún postrada y en el suelo, con la niña en el pecho dijo para sí misma: Si Dios te lleva ahora mi niña, aunque sea por causa mía no vivirás el mismo dolor, mi hija. Envolvió sus manos alrededor del delgado cuello, fijó sus ojos con los de la niña, tan tiernos que aún ni los abría y dudó. No pudo matar a la niña.

¡Soy débil! –se lamentó– soy débil hija mía. Silenciosamente le susurró un nombre, a sabiendas de que ella nunca lo usaría –Niara, aquella de grandes propósitos–, por favor sobrevive.

Doce meses pasaron como un respiro, Tomasa la alimentaba y entre arrullos le hablaba de su cultura. Tan ligeros pasaban los días que indefensas ante la crudeza de la realidad al cumplir el año de nacida Niara ya no existiría.

Bienvenida Juana, con un año has sido vendida. La arrancaron de sus brazos, un latigazo y a Tomasa la inmovilizaron. El dolor le quemaba el pecho, la furia le rasgaba la piel, mientras la impotencia destrozaba su alma. Tomasa murió esa tarde de 1693.

Con un nuevo nombre Juana llegó a una nueva cárcel de blanco mármol, al ser tan tierna la niña, dos esclavas como ella misma la arrullaron. Apenas cinco años y conocía el dolor de un latigazo, sabía que a los patrones se les obedecía y había aprendido silenciosamente a comprender con la mirada.

Ocho años, desde un rincón, bajo el cobijo de la sombra de un escaparate, con los ojos llenos de lágrimas, veía a sus amigos torturados. Juana sabía que no hicieron ningún mal, sollozaba en silencio y en su mente la injusticia del mundo la atormentaba.



Juana, Juana, no era igual a nadie. Sabía que si complacía a Doña María Dolores, ella no la golpearía, por eso estaba siempre dispuesta a arriesgarlo todo por evitar el dolor. Poco antes de su noveno cumpleaños, Doña María Dolores la eligió para alejarla de la plantación de algodón y para que empezara a servir en el hogar.

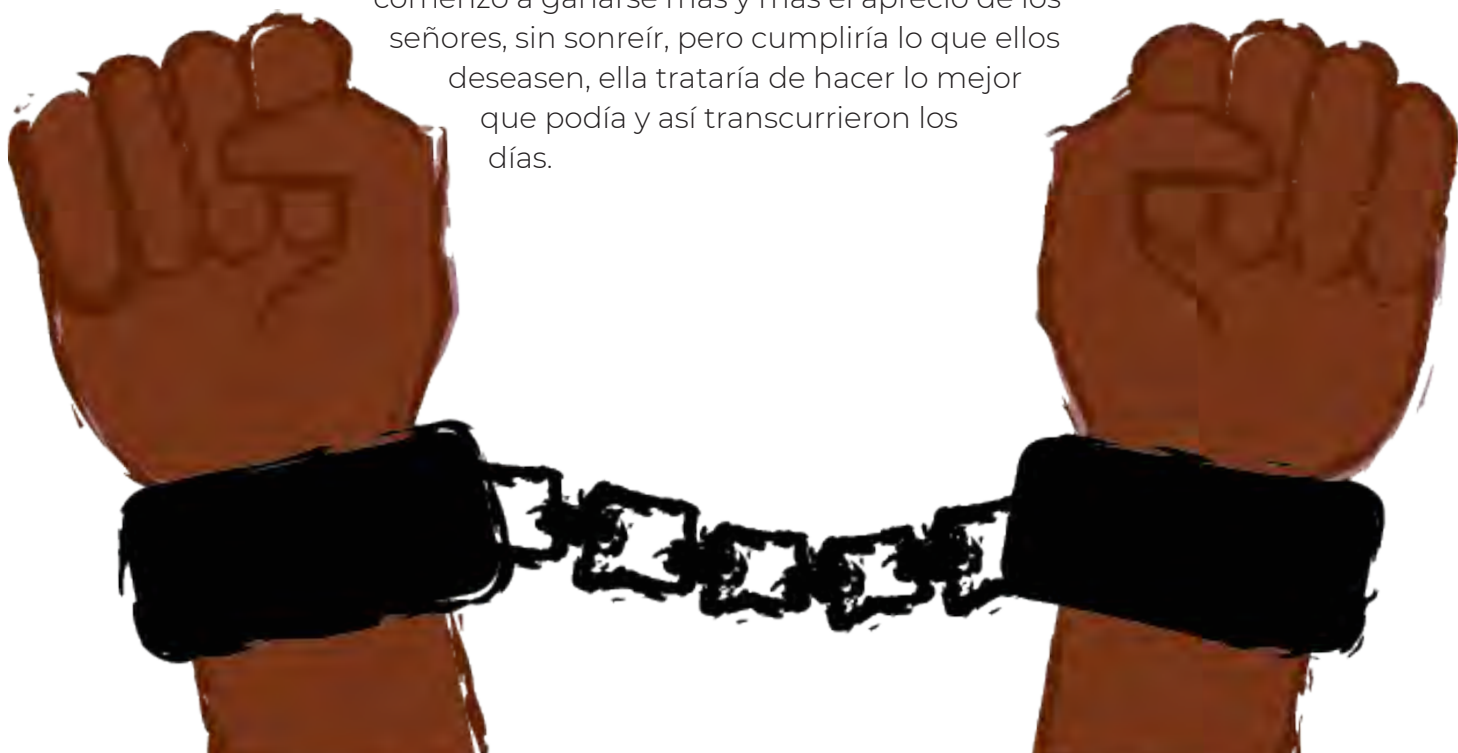
Juana, de nueve años, ya sabía contener sus emociones, se postró, le agradeció a su ama y, al despedirse, las lágrimas mojaron sus mejillas.

Entre dicha e incomodidad vio de lejos a sus amigos. A la mañana siguiente viendo calmada el cultivo de algodón, viendo con tristeza las manos de sus amigos y escuchando clamores de dolor a lo lejos, se levantó. Vestía su traje nuevo e ingresó a la cocina.

El primer día casi se rebana la mano, al segundo lo volvió a intentar, al mes ya cocinaba como le habían dictado. Mas ella no se detuvo allí, buscó las preferencias de los amos, investigó qué comían y qué no, empezó a preparar platos que ellos amarían y a los once años pasó de ser esclava de cocina a ser esclava de habitaciones.

Entre los dos grandes pasillos que dividían el piso superior de la mansión se encontraban diversas habitaciones que ella debía cuidar, ni una sola mota de polvo se le escaparía.

Con una campana desde cada habitación poco a poco comenzó a ganarse más y más el aprecio de los señores, sin sonreír, pero cumpliría lo que ellos desearan, ella trataría de hacer lo mejor que podía y así transcurrieron los días.



Pero las noches... ¡ah las noches!, ella escuchaba el gemir de sus amigos, ella contaba a sus colegas para saber cuántos habían desaparecido, cada vez había uno menos y cada tanto llegaban cinco más.

Luego amanecía y la niña a su patrona nuevamente servía.

Con la confianza y la afirmación de «solo es una esclava y niña con unos tiernos once años» María Dolores le permitió seguirla para que la sirviese incluso en las clases de sus hijos. Juana parada en el marco de la puerta, observaba y entendía, en su mente repetía cada palabra y con la ceniza del horno hacía intentos de caligrafía.

–El esfuerzo y la práctica no traicionan –decía el tutor de los niños cuando no entendían y Juana nunca estuvo más convencida de que por esa ocasión ese hombre blanco, no mentía.

Robando trozos de papel tirado en la mansión, y tratando de leer todo a su alrededor, poco a poco empezó a escribir y leer con confianza en el espacio secreto de un pequeño cobertizo. Cada cierto tiempo mandaban documentos a quemar, ella los recogía, leía y lloraba. Registros de muerte, nuevos hombres esclavizados y nuevos niños abandonados.

Ella miró sus manos, vio quemaduras, cicatrices y lloró. Juana luego vio sus piernas con marcas de látigo y continuó su llanto, recordó a sus hermanos que seguían en el campo y poco a poco su pecho empezó a arder.

Quince años y las miradas de su patrón poco a poco habían cambiado, le habló a la señora Dolores y con una mirada más gélida que el hielo le dijo: «Haremos lo que queramos contigo, pues compramos tu cuerpo incluso antes de que nacieses» y se retiró. Juana volvió a estrellarse con la realidad, cediendo y sonriendo.



A la mañana siguiente tenía la mirada más dulce ante su patrona y ella complacida continuó su rutina. Con diecisiete años, Juana ya había sido tomada abruptamente por el Patrón Cordero. Juana con la mente en blanco solo sollozaba y pensaba en la libertad que tendría si terminaba su vida en ese momento, viviendo entre tinieblas nuevamente pasó otro año.

Ante cada contemplación a la muerte, los recuerdos de su gente agobiaban su mente, entre las hojas rasgadas, escondido en su habitación, se encontraba un brebaje para dormir. Una visión se le vino a la mente, vio a la gente danzando, vio la libertad en la tierra rugiente, los imaginó dentro del bosque iluminado por la luna.

Despertó a la mañana siguiente con una sonrisa en labios y salió disimuladamente para ver a sus hermanos, los vio con llagas vivas en la espalda y sin luz en los ojos, entonando una canción improvisada de la muerte que algunos añoraban.

Se acercó a su amigo muy sutilmente y le dijo: «Es hora de escapar de este sitio mi gente, en una semana, cuando la noche nos cobije dejaremos las cadenas y huiremos al bosque».

Él estaba sorprendido pero la chispa vibró en su mirada, durante toda la semana comunicó a aquellos que sabía no lo traicionarían. Recogieron comida y la escondieron poco a poco. Llegó el día, Juana había colocado el brebaje en la comida de todos incluyendo a los perros.

Cuando la noche cubrió el cielo y la luna escondida hacía que la noche esté más oscura, emprendieron el lejano viaje adentrándose en un gran bosque. No todos completaron el viaje, varios ancianos murieron por desnutrición y en una ocasión dos más fueron capturados y asesinados. Juana perdió a una de sus tatas que la alimentaron con la miel de sus cuerpos.

Con el tiempo, se movilaron cada vez más lejos, bajo el amparo de las noches, y llegaron a tierras más cálidas. Unidos con otros cimarrones lograron afrontar a algunos grupos esclavistas, buscando liberar poco a poco a más miembros de su pueblo, Juana se encargó de enseñarles a leer y escribir. Ella también buscó el apoyo de otras personas por medio

de cartas que encendían la llama de la libertad y estaban en contra de la esclavitud.

Motivó a varias personas con cartas llenas de la historia Negra para que se uniesen a la causa a pesar de no conocer siquiera su nombre.

Los recuerdos de sus tatas, de sus amigos y de su gente, se volvieron su fuerza y credo, entonces cada noche, ante sus compañeros libertarios, llamaba a la reflexión. «Si la sangre que corre por nuestras venas es tan roja como la suya por qué no somos iguales. Soy diferente. ¿Por qué? ¿Por qué ser negra?»

Negra la noche que cobija los sueños, negra la tierra, negro el sustento, negra la calma, negra yo, negros los nuestros. Diecinueve años que odió ser negra, se borraron al verse libre en un bosque con los que quedaban de sus compañeros, cimarrona le dijeron, libertaria gritaron. ¡Negra!

Un alma no tiene color, ni forma, un alma es una luz, la luz de la vida.





Pontificia Universidad
Católica del Ecuador



Con el aporte de:



Con el apoyo de:

SUBSECRETARÍA DE EDUCACIÓN DEL DISTRITO METROPOLITANO DE QUITO
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DEL MUNICIPIO DE QUITO



GPA
Radi
junto a ti



ISBN: 978-9978-77-560-8



9789978775608